

RELIGION



INSTRUCCION



ABECEDARIO
DE LA
VIRTUD



EDUCACION

+

ALFABECARIO DE LA VIRTUD.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

ABECEDARIO DE LA VIRTUD.

ABECEDARIO DE LA VIRTUD.

COLEGIO DEL ANGEL.

Premio al Alumno

D. Angel Paez y Pedraza.
(a los 9 años 9 meses y 23 dias)

EN LOS EXAMENES

DE 24 DE DICIEMBRE DE 1865.



ABECEDARIO

DE LA

VIRTUD.



ANTONIO

DE LA VIVIENDA

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS

ESTUDIO DE LA SITUACIÓN DE LA ECONOMÍA VENEZOLANA

1954

LIBRO PRIMERO

K. 403213

L.T. 1029

ABECEDARIO
DE LA VIRTUD,
DEDICADO A LOS NIÑOS

POR

D. J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

OBRA DECLARADA DE TEXTO POR EL REAL CONSEJO
DE INSTRUCCION PÚBLICA.



~~~~~  
**CUARTA EDICION.**  
~~~~~

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.

—
1865.

ABECEDARIO

DE LA VIRTUD

DEDICADO A LOS NIÑOS

1808

DE LA TIPOGRAFIA DE LA PAZ Y HERMANOS

EN LA CIUDAD DE MADRID EN EL AÑO DE 1808

EN LA TIPOGRAFIA DE LA PAZ Y HERMANOS

MADRID

EN LA TIPOGRAFIA DE LA PAZ Y HERMANOS

1808

DEDICATORIA.

A LOS NIÑOS.

Os voy á dar á leer un libro en el que, unido á las letras del alfabeto, halleis en cortas historias otro alfabeto de moralidad que, como àquel, jamás se borre de vuestra memoria ni de vuestro corazón.

Leedle, hijos míos, que para vosotros le he escrito.

Y bien podeis hacerlo.

El primer sér en cuyas manos pongo este libro es mi hija.

Vosotros no comprendéis todo lo que esto quiere decir, pero preguntádselo á vuestros padres.

BIENHECHURA

A LOS NIÑOS

Os voy a dar á leer un libro en el que
vuelvo á las letras del alfabeto, habéis
ya cortado las letras del alfabeto de un
alfabeto que, como aquel, también se porta
de nuestra memoria en de nuestro co-
razón.

Leedle hijos míos, que para vosotros
le he escrito.

Y bien podéis hacerlo.

El primer año en cuyos años poro
este libro es mi hijo.

Vosotros no comprendéis todo lo que
esto quiere decir, pero preguntadme si
vuestras palabras.

CARTA AL AUTOR.

Tres épocas tiene el hombre, mi querido Juan, en que la lectura de libros como el que hoy ofreces á la infancia, y en el que has derramado esa inagotable ternura que atesoras en tu corazón y de la que haces participes á cuantas personas te rodean, despierta en el alma sentimientos distintos, pero sentimientos siempre gratos, siempre dulces, siempre consoladores. La primera, bien lo sabes, es aquella edad risueña y tranquila en que, como el pájaro á quien han abierto la puerta de la dorada jaula que le aprisionaba recobra su libertad y canta á la sombra de los árboles donde tuvo su nido, y á la margen de los arroyos, en cuyas aguas cristalinas ha visto retratarse tantas veces su vistoso plumaje, volvemos desde el colegio al hogar de nuestros padres para recibir sus bendiciones. Dichosa edad aquella en que surcamos el mar de la vida,

como el pescador que en las serenas noches de verano y á la luz de la luna , cruza en su ligera barquilla las aguas de un lago trasparente. Ya ha pasado para nosotros ; digo mal, para tí no ha pasado, porque la ves retratarse en dos séres, reproduccion de tu sér, en dos almas formadas de la tuya , en los dos inocentes y cariñosos hijos que nacieron y crecen á tu lado y al de su madre , como dos flores, que temerosas del bramido de los huracanes y de los rayos de un sol demasiado ardiente para ellas, buscan abrigo entre dos árboles jóvenes , frondosos y robustos , que las defiendan con el vigor de sus troncos , las alimenten con su savia misma , y las miren alzarse tranquilas bajo la apacible sombra de su ramaje (1).

(1) Cuando el autor de este libro le escribia , solo tenía una hija , á la que se refiere en la dedicatoria. Más tarde y en la época en que su querido primo D. Francisco Entrala le dirigia la carta , que siguiendo los deseos de éste, va copiada en lugar de prólogo, Dios le habia concedido otro hijo, que ofrecia ser un ángel sobre la tierra... Cuatro meses han trascurrido desde entónces....., y hoy solo puede buscarle en el cielo. ¡Cuántas veces en las dulces ilusiones de su paternal amor pensaba en el dia en que su hijo leyese estos cuentos! ¡Cuántas esperanzas defraudadas! ¡Cuántas ilusiones perdidas! Dios, sin embargo, lo quiso..... Bendito sea su nombre, y acoja la súplica de este desgraciado padre, por el otro pedazo de su corazon que le queda en el mundo.

Esta nota no tiene más objeto que explicar la contra-

Hoy más que nunca gozas de aquellas ilusiones que te acariciaban en tu infancia, porque con ellas gozan tus hijos. Así volverá á tu imaginacion el recuerdo de aquellas noches en que, acompañado de tu padre y vagando por paseos solitarios, veias la luna como un inmenso globo de fuego; el horizonte como una sábana de plata; las estrellas como flores de oro, el cielo como una gasa azul y transparente prendida en lo infinito. ¡Y qué era entonces lo infinito para nosotros? Nada, Juan..... nuestros ojos percibían, nuestras almas se sentían dichosas sin darse cuenta de su propia felicidad, y todo pasaba á nuestra vista con la vaguedad de un sueño fantástico. ¡Cuán amargo y cuán dulce á la vez es el despertar de este sueño delicioso y puro! ¡Los años han corrido más que el pensamiento. Los colores de la niñez se han marchitado. La primera arruga empezará á dibujarse en nuestra frente. Estamos en la segunda época de la vida. Los negros rizos que velaban la cabeza de nuestras madres y sobre los que tantas veces hemos estam-

diccion que aparece entre la dedicatoria y la carta. Si al hacerlo se ha escapado un gemido del corazón del padre, que llorará mientras tenga existencia la muerte de su hijo, cuantos hayan tenido la desgracia de sufrir este dolor, sin compañero en la vida, le disculparán el haber separado su atención por algunos momentos, de la notable carta que motiva estas líneas. (*Nota del autor del Abecedario, en la edición de 1863*).

pado un beso de amor, se han encanecido. La luna no es ya para nosotros un inmenso globo de fuego, ni el horizonte una sábana de plata, ni flores de oro las estrellas, no: nuestros maestros, nuestros preceptores, nuestros segundos padres, nos han hecho comprender los fenómenos de la naturaleza por medio de la ciencia; y para estos seres, á quienes no queríamos porque nos trataban con rigidez, á quienes deseábamos perder de vista porque nos sujetaban, y á quienes tantas veces hemos faltado al respeto, hoy sólo tenemos lágrimas de gratitud y frases de reconocimiento. Sin ellos ¿qué sería de nuestra inteligencia, mi querido Juan? Pero ¿qué sería de la juventud, te pregunto yo, si como Dios derrama sobre las flores de los prados el virginal rocío de la mañana, no se derramasen en su corazón esas saludables máximas que consignas en tu libro, para encaminarla por la senda de la virtud y del bien....? ¿Qué haría el hortelano con cuidarse únicamente de las copas de sus árboles, si olvidándose del tronco, dejaba que los insectos le taladrasen? Mal harán los padres de familia que quieran hacer *sabios* de sus hijos, si por no educar el corazón como el entendimiento no consiguen hacer *hombres de bien*..... Inútil será que comprendan cuánto valen los libros científicos, si no han comprendido lo que vale una lágrima en las mejillas de un pobre, ó un consejo en los labios de un anciano.

Cuando la ciencia y la virtud marchan unidas,

el hombre vale á los ojos de Dios lo que el mismo Dios quiso que valiera al crearlo.

La ciencia de por sí no es otra cosa que un astro inmenso de fulgores radiantes, suspendido en el espacio, cuyos rayos caen sobre un campo estéril, que ella ilumina, pero que aislada no basta á fertilizar.

La virtud es el destello de Dios, que hace fecundo en frutos de ventura eterna, el campo que la ciencia ilumina.

La esperanza y la fe deben llevarnos á practicarla.

Pero ¿á qué he de cansarme en repetirlo? Tú lo has consignado ya: los padres que deseosos del bien de sus hijos pongan en sus manos el libro que das á la prensa, recogerán el fruto alguna vez y verán cuán provechosa es su lectura.

Y cuando en la tercera época de su vida fijen la vista en esas bellas páginas que el amor te ha inspirado, acaso tendrán una bendición para tí: tus mismos hijos guardarán este libro como el fiel consejero de su infancia, verterán una lágrima sobre él; lo pondrán en manos de los suyos, y consagrarán un recuerdo á tu memoria, ó serás anciano y verás á tus nietos que te rodean colmándote de caricias mientras delectan en tu libro.

Quiera Dios, mi querido Juan, que yo lo presencie también; que pueda algún día poner en manos de mis hijos este delicioso libro de educación que escribes para los tuyos; y que al *amor de la lumbre*, ó en el gabinete mismo donde trazo estas

humildes líneas, veamos renovada nuestra infancia en la de ellos, nuestras ilusiones en las tuyas, tus sentimientos en sus tiernos corazones, y al mirar este libro entre sus blancas manecitas, veamos renovado también el recuerdo de mi gratitud y la bendición que, como prueba de mi cariño para tí y para tus hijos, te envío hoy desde el fondo de mi alma.

Francisco de P. Entrala.

Madrid y Mayo de 1862.

A.

Amar al prójimo.

—Padre mio, —preguntaba el niño Alfredo á su abuelito cuando acababa de dar con él su leccion de doctrina cristiana;—padre mio, ¿qué quiere decir esta frase que se halla al acabar los mandamientos de la Ley de Dios? «Estos diez mandamientos se encierran en dos; en servir y amar á Dios, y á tu prójimo como á tí mismo.» Amar á Dios, ya lo comprendo, pues usted me ha enseñado á adorarle y bendecirle en cada hora del

dia, al ver las maravillas de los jardines y de los cielos, y al considerar que Él conserva la vida de usted y la de mis queridos padres. Al prójimo, comprendo también que debe amarse, pero ¿tanto como á nosotros mismos?

—Sí, hijo mio, sí; esa es la voluntad de Dios, y esa es la ley eterna, y ¡desgraciado el hombre que no la sigue!

El que no ha experimentado los dulces sentimientos que el amor á nuestros hermanos despierta en nuestros corazones, es digno de compasión; ¿sabes cuánta grandeza encierra ese precepto? El amor al prójimo hará de la multitud de pueblos que hay esparcidos por la faz de la tierra, una sola familia de muchos hermanos con un solo padre, que es Dios. El amor al prójimo ha disminuido las guerras, ha suavizado las costumbres, ha

hecho más por la felicidad del hombre, que todos los adelantos de las ciencias y de las artes. Ama á tu prójimo, y ámale, no tibiamente, no con cariño convencional, sino *como á tí mismo*. ¡Santa palabra, que hace huir el egoismo de nuestros corazones; porque si amamos á nuestros hermanos como á nosotros mismos, no podremos reservarnos ningun placer de que ellos no participen, ni evitarnos un dolor que no les procuremos evitar!

—Abuelito, aunque admiro la sabiduría de usted y me encantan sus palabras, no las acabo de comprender. ¿Cómo llegaría yo á gozar esos gratos placeres que el amor á nuestro prójimo nos ofrece?

—Con la práctica de las buenas obras los sentirás conmover tu corazón.

—¿Y cómo hacerlo, padre mio?

—Espera, espera, y te lo diré en breve.

B.

Bendito seas, hermoso niño.

—¿Por qué se detiene usted, padre mio?

—Espera, ¿no ves, allá en la puerta del jardín, trás de la verja, una mujer que parece solicita algo?

—Sí, sí, abuelito; tiene usted razon: corramos á ver qué quiere esa desgraciada. ¡Ay padre mio! es una anciana que ha caido junto á la verja y apénas puede hablar. Venga usted, abuelito... mas pronto por Dios.

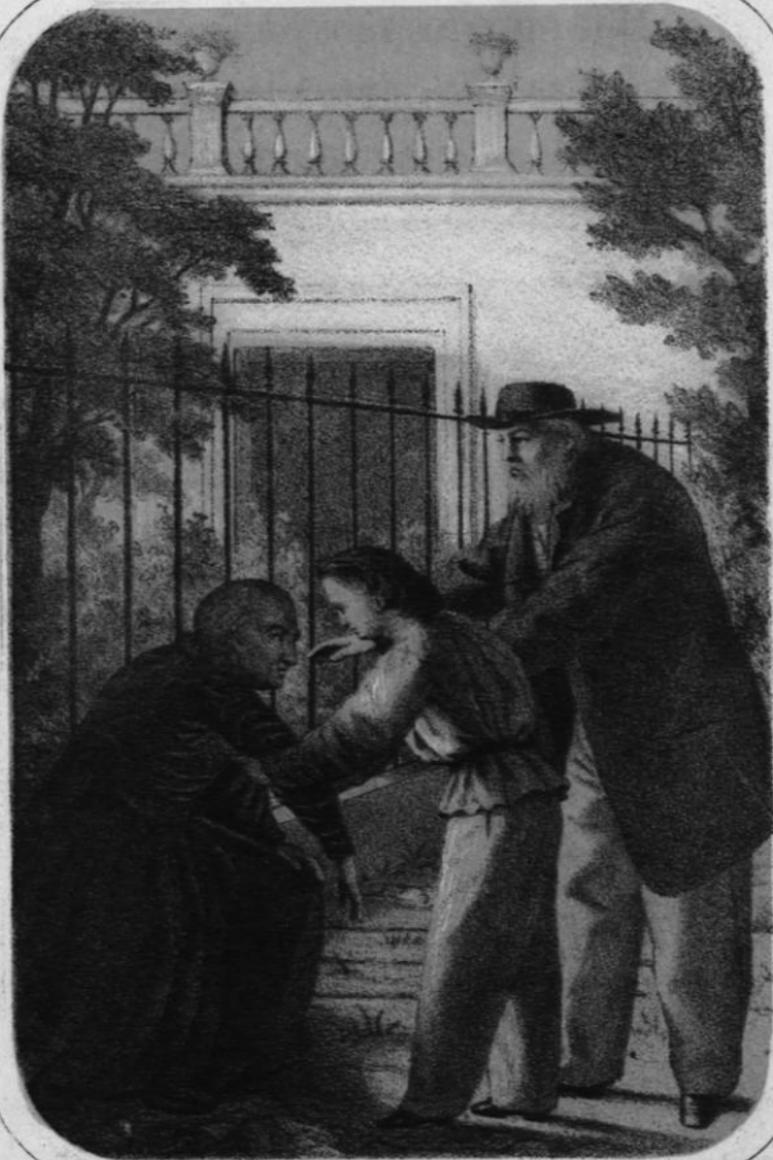
—Hijo mio, los años han entorpecido mis piernas, y lo siento á la verdad, porque cuando se trata de una buena obra quisiera estar más ágil que cuando tenía veinte años.—Ea, ya estoy aquí... Ayúdame á levantarla... Así.—Vamos, buena anciana, decidnos, ¿qué os sucede? ¿estais mala? ¿teneis necesidad de alguna cosa?

—Sí, sí, señor.

—Pida usted lo que quiera, que cuanto aquí tengamos será suyo.

—Gracias, gracias,—articuló fatigada la anciana,—voy de viaje á ese pueblecito inmediato, y como en todo el camino no hay más que una posada, que aún está distante, y yo soy bastante vieja, he caido á vuestra puerta cuando me acercaba para pedir hospitalidad.

—¡Pobrecita! —dijo Alfredo con el



MORENO y M. lit^o

Lit de J DONON Madrid.

Ayudadme à levantarla .

mayor cariño.—Y hacia usted bien en llamar, porque habia de encontrarla. Aquí descansará usted y pasará la noche, sin que vuelva á ponerse en camino hasta que estén completamente restablecidas sus fuerzas.

—Pero, hijo mio,—le interrumpió su abuelo, llamándole aparte —¿has olvidado que no hay espacio en la casa donde pueda pasar la noche esa pobre vieja? Sabes que con la llegada de tu tio Fernando y toda su familia, no hay una sola habitación desocupada, y á no ser que la quieras colocar en el pajar...

—¿Qué ha dicho usted, abuelito mio? ¿En el pajar esta pobre anciana? Perdone usted, pero no lo consiente mi corazón. ¡Pobrecita!

—Pues no hay otro local.

—¿Que no le hay? ¿Pues y mi cuarto

y mi propio lecho, querido abuelo? Yo dormiré con usted; la anciana en mi habitacion, y yo seré feliz cuando la mire mañana levantarse completamente restablecida: rogaré á papá que ponga el coche, y la conduciremos al punto donde deseaba ir.—Con que ya lo sabe usted, buena anciana, venga usted conmigo, apóyese en mi brazo, y usted, abuelito, en este otro.

Cuando su papá vió entrar á Alfredo de este modo en la casa, y se enteró de todo lo ocurrido, abrazó á su hijo; y siguiendo sus deseos, la pobre anciana, despues de pasar la noche entre ellos y de recibir mil pruebas de verdadero cariño, fué conducida al pueblo inmediato en el coche de la casa, por Alfredo y su abuelito. Al dejarlos la pobre vieja, sus últimas palabras fueron mirando á Alfredo:

—; Bendito seas, hermoso niño!

Aquella bendicion debió repetirla Dios en el cielo, donde mora la misericordia.

C.

Consolar al triste.

—Vamos, Alfredo,—le decía su abuelito, tardes despues, paseando por el mismo jardin.—¿Comprendes ya lo que quiere decir «amar al prójimo como á nosotros mismos»?

—¡Oh! sí, sí, padre mio; y nunca he sido más feliz que en aquella noche. Dormia con usted, placer que me proporcionaba la hospitalidad que dábamos á la pobre anciana, y era tan feliz, aun-

que gozando de ménos anchura y comodidad que solo en mi lecho, que la satisfaccion apénas me dejaba dormir. Pero ¿por qué me dijo usted que durmiese la vieja en el pajar? ¡Pobrecita! ¡tan anciana!

—Precisamente para que tú mismo conocieras ese dulce amor á nuestros hermanos, aparenté contradecirte, y afecté un egoismo que vi, con placer, rechazado por tí.

—¡Oh! qué bueno es usted. — ¡Pero qué es eso? Parece se ha puesto usted triste.

—Sí, hijo mio: lo estoy desde que vi á esa pobre anciana. La misma edad tendria tu abuela y mi querida Luisa. ¡Pobre esposa mia! Ya sólo podré encontrarla en el cielo.

Y al acabar estas palabras, los ojos

del anciano derramaron lágrimas de profundo dolor.

Su emocion no le dejó continuar el paseo, y tuvo que sentarse en un asiento cercano.

Alfredo le miraba enternecido y callaba; no sabía qué hacer para aliviar la pena de su abuelito.

De pronto saltó sobre sus rodillas, y enlazándole sus brazos al cuello, le dijo acercándosele al oído con extremada ternura: — ¡Abuelito?

Volvió este la cabeza, y al hacerlo recibió un beso de su cariñoso nieto.

—Hijo mio, consuelo y encanto de mi ancianidad. Tu abuela te bendiga desde el cielo, — exclamó el anciano; y en la fuerza de su emocion, le cubrió de besos, mientras corrian por sus mejillas lágrimas de pesar y de gratitud.

—Pero no llore usted más, abuelito; ¡si viera usted la pena que me causa verle llorar! Desde que empezó usted á ponerse triste, me están rebosando las lágrimas en los ojos.

Y el buen niño no fué dueño de contenerlas por más tiempo.

—¡Oh! no; no llores, hijo mio... ya estoy sereno.

—¡No he de llorar, si como soy tan niño y nada sé, no he podido hallar medio para consolarle! Ya que no le consuele, déjeme usted llorar por sus pesares, y así, llevándolos unidos, quizás se alivie su corazón.

—Alfredo... Dios te bendiga... has de ser muy feliz.—Quien tiene tan nobles sentimientos, es siempre amado de los hombres y bendito de Dios.—Me buscas consuelo, y no encontrándolo

lloras conmigo... Tú has comprendido todo lo que encierra el santo precepto que nos manda «consolar al triste.»

Al otro día, como premio de su buen proceder, recibió Alfredo de manos de su abuelito un libro, con un abecedario de cuentos adornado de preciosas láminas.

Leyólo con afán, y en las tres primeras páginas encontró su nombre en la misma historia que habeis visto.

Aquel abecedario grabóse de tal manera en su corazón, que le repitió á todos sus amigos; y ya hombre, no cesaba de bendecir el recuerdo de su abuelito, que lo compuso para él.

D.

Dar de comer al hambriento y de beber al sediento.

Acababa de tener lugar un sangriento combate entre las tropas austriacas y los ejércitos aliados de Italia y Francia, en las hermosas cercanías de una pintoresca aldea llamada Montebello.

Sus pacíficos habitantes habían huido á las montañas cercanas al aproximarse ambos ejércitos, y ya en las casas de campo, ya en chozas formadas con ramas de árboles, escuchaban el lejano

ruido del combate, implorando la proteccion del Cielo para los desgraciados que morian.

Rayaba el dia siguiente, y al estampido del cañon habia sucedido una calma de muerte.

Sentadas estaban, delante de una de las innumerables chozas que hemos dicho, dos preciosas niñas de ocho á nueve años, elevando á Dios la oracion de la mañana, cuando vieron venir hácia ellas dos soldados, jadeantes de fatiga, ennegrecidos por la pólvora y cubiertos de polvo, que apénas llegaron cerca de las niñas, cayeron desfallecidos.

Las niñas al verlos huyeron, pero al volver el rostro y encontrarlos en tierra, dijo la mayor á su hermanita:

—Marietta, parece que no vienen á hacernos daño, y, por el contrario,

creo que quizá necesiten de nuestro socorro; ¿quieres que nos acerquemos á ellos?

—Con mucho gusto, hermana mia; acaso podamos hacer una obra de caridad, y nuestros padres nos bendecirán desde el cielo.

En efecto, acercáronse á los dos soldados, que apénas podían articular sonidos, y con cariñoso acento les dijeron:

—¿Estais heridos?

Los soldados levantaron la vista, y al mirar los angelicales rostros de las niñas cerca de ellos, una expresion de consuelo inefable pintóse en sus tostados semblantes.

—No, articularon, pero nos abrasa la sed.

Apénas habian pronunciado estas palabras, cuando más ligeras que dos pa-

lomas del valle corrieron las niñas á la próxima choza, y volvieron en breve, trayendo una de ellas con gran trabajo una cantarita de agua, y la otra una cesta con pan y frutas.

Los soldados bebieron con ansiedad; y cuando recibieron la benéfica frescura del agua con que los habian socorrido las inocentes niñas, empezaron á sentir otra necesidad, si no tan imperiosa como la anterior, no por eso ménos apremiante.—Tenian hambre.

Desde las primeras horas del dia anterior en que comenzó el combate no habian comido, y el agua, estimulando su apetito, les producía terribles dolores.

Marietta previno su deseo.

—Tomen ustedes — dijo — amigos míos; les traemos también provisiones.



J. MORENO y M. L^o

Lit. de J. DONON. Madrid.

.....amigos míos; os traemos también provisiones.

Los soldados las miraron con asombro; dudaban si eran niñas, ó ángeles de consuelo que Dios les enviaba.

—Pero hijas mias—dijo uno de ellos—¿y si os quedais sin víveres y vuestros padres os riñen?

—¡Ay! no señor; no pueden reñirnos, porque no los tenemos; somos huérfanas, y no vivimos más que del socorro que nos ofrecen nuestros vecinos.

—¿Y á pesar de esto nos dais vuestro corto sustento?—exclamó uno de los soldados;— ¡qué almas tan grandes, hermano mio! continuó dirigiéndose á su compañero.—Aceptamos vuestra oferta, porque la necesidad nos obliga á ello; pero, más que vuestro socorro, agradecemos á Dios nos haya permitido admirar vuestra sublime caridad.

Quando los guerreros hubieron ter-

minado su frugal desayuno marcharon á incorporarse á sus banderas, colmando de bendiciones á las inocentes niñas. Estas al volver á su choza, y buscar en el fondo de la cesta el resto de las provisiones para alimentarse, encontraron un gran bolso lleno de oro, y un papel en que se veían escritas con lápiz estas palabras: «La caridad es hija predilecta de Dios: no habeis vacilado en entregar vuestro pan y vuestra agua á los desgraciados. Dios os lo pague, que él da siempre ciento por uno; aceptad este pequeño dón, y seguid siempre siendo tan buenas como lo habeis sido en esta mañana con los soldados Federico y Juan.»

Aquellos guerreros eran dos hermanos de una rica y noble casa del Piemonte, que combatían como simples voluntarios en el ejército sardo. Al día si-

guiente en casa de la condesa de A.... madre de los dos voluntarios, hallaban las desvalidas huérfanas en la noble señora una buena y cariñosa madre, que nunca las abandonó.

cuente en casa de la condesa de A...

madre de los dos voluntarios, hallaban

las hospitalidades fincadas en la nobleza...

hoy una buena y cariñosa madre, que

trata a los abandonados...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

E.

Enseñar al que no sabe.

En una pintoresca aldea de las Encarnaciones de Vizcaya vivía un venerable sacerdote, que por sus virtudes y celo evangélico era querido y respetado de cuantos le rodeaban.— Su sobrino Jimeno, hijo único de su hermana, que le había dejado huérfano y solo en el mundo, vivía con el virtuoso sacerdote, quien le miraba con entrañable cariño por sus buenas prendas y amor á la virtud. Así Jimeno á los diez años poseía

conocimientos que otros no hubieran alcanzado hasta mucho más adelante, porque su tío, encantado de la modestia y buenos talentos del pobre huérfano, nutria su corazón y su entendimiento con fecundos principios científicos y con estudios sagrados y máximas de cristiana moralidad.

Hacia ya algunas tardes que el buen niño había tomado la costumbre de salir poco después de comer, y mientras su tío se entregaba á sus rezos y sagradas prácticas, se alejaba hacia los prados cercanos, de donde después de más de una hora se le veía regresar.

Una tarde, hijos míos, una tarde de primavera, de esas en que el cielo está tan azul, el sol tan dorado, las aguas tan cristalinas y tan floridos los campos, Jimeno desapareció de su casa, apenas

concluyó de regar las flores que brotaban en el huerto que la servia de entrada.

En vano le buscó por todas partes el venerable sacerdote : inquieto por su tardanza, se dirigió á los alrededores, y poco tiempo llevaba de camino, cuando en el centro de un bosquecillo de acacias, que crecia como á un cuarto de legua de distancia de la casita del cura, le encontró sentado al pié de un árbol y rodeado de varios niños pobres de la vecina aldea.

Creviendo el sacerdote que la afición á los juegos de sus camaradas le habia llevado hasta tal punto, adelantó hácia el inocente grupo con aire de amistosa reconvencion. Pero al llegar cerca de él quedó agradablemente sorprendido.

Jimeno acababa de repetir á su pe-

queño auditorio la leccion que el dia ántes habia aprendido de su tio.

Un abrazo de este interrumpió al jóven maestro, que sorprendido bajó los ojos avergonzado.

—¿Por qué te turbas, hijo mio?—le dijo el sacerdote.

—Perdóneme usted, no sé si habré hecho mal en alejarme, pero me daba vergüenza de que usted, tan bueno y tan sabio, me viese enseñar á otros. Le he oido repetir con frecuencia que una de las mayores obras de misericordia es *enseñar al que no sabe*, y he querido comunicar lo que usted me enseña á mis pobrecitos compañeros.

—Y has hecho bien, hijo mio—exclamó el sacerdote — pero no debias avergonzarte de tu accion. La maldad es la que teme ser vista: las buenas obras,

aunque no se haga ostentacion de ellas, no deben avergonzarnos nunca. Tú cumplieras un sagrado precepto; y si tu ciencia era escasa, grande era tu voluntad y tu virtud al comunicarla. Ven, hijo mio, ven; y venid vosotros todos—dijo dirigiéndose á los niños que se habian levantado y que le miraban con respeto. —Todas las tardes debajo del emparrado de mi casa, que tambien lo es vuestra, encontraréis á Jimeno, que os repetirá las lecciones que haya aprendido por la mañana; yo estaré entre vosotros, y vuestra será tambien la poca ciencia que Dios me haya permitido adquirir.

Algunos años despues una solemne ceremonia tenía lugar en el salon de actos de la Universidad de Madrid.—Jimeno despues de haber seguido una brillante carrera, tomaba posesion de una

cátedra ganada por su talento; y al abrazar á todos los nuevos compañeros, tuvo el gusto de estrechar entre sus brazos á su anciano tío, que trémulo de emoción y arrasados los ojos en lágrimas, le dijo : — Bendice á Dios, hijo mio, que ha otorgado el premio á tu misericordia : enseñar al que no sabe es tu misión sobre la tierra ; cúmplela con noble orgullo, y procura hacerte digno de tan alto cargo, que llevas para ello un título sagrado : el título de *maestro*, que enalteció el Salvador del Mundo tomándolo para sí.

F.

**Felicidad en nuestro sér imprime
La redencion del que cautivo gime.**

Triste vida arrastraba el señor del castillo del Puerto, cerca de Barcelona, encerrado en su morada feudal.

Terminaba el siglo xv, y D. Guillen de Folch, que así se llamaba el anciano guerrero, habia visto terminar tambien su felicidad, porque la muerte le habia arrebatado en breve tiempo á su esposa y á sus hijos; y el único que le restaba, y en quien habia reconcentrado todo su

cariño, desapareció sin duda entre las ondas, durante un combate sostenido por las galeras de Rey contra los piratas berberiscos. Desde entónces el carácter del viejo castellano cambióse de tal modo, que aborreciendo la sociedad y hasta aborreciéndose á sí mismo, huía de todo trato y comunicacion con sus vecinos y servidores.

A tal extremo llegó su profunda hipócondría, que en sus arranques atrabiliarios era injusto con las personas que le rodeaban, cuando ántes á todos inspiraba amor por su bondad y afable trato.

Una mañana en la que, como de costumbre, retirado en una habitacion de su castillo, estaba abismado en su dolor, por más que en vano ansiaba distraerse leyendo en un antiguo libro de montería,

vióse interrumpido por un niño de siete á ocho años de edad, que á pesar de las severas órdenes de D. Guillen se le acercó con respeto.

Ya iba el castellano á reñirle por su audacia, cuando el niño con una expresion tan conmovedora, que no pudo dejar D. Guillen de reprimir su enojo, le dijo sollozando:

—No me rechaceis, señor; vengo á imploraros por la vida de mi madre.

—Habla—contestó secamente el caballero.

—Señor—continuó el niño—mi pobre madre, viuda hace muchos años, vivía sin más apoyo, como todos sus hijos, que el de mi hermano mayor, condestable de una galera de Rey. Con su corto sueldo, y con lo que ganábamos en la pesca, vivíamos contentos, cuando en

el último combate contra los berberiscos fué hecho cautivo mi desgraciado hermano. Mi madre le quería con delirio; lo merecía, señor, que era muy bueno; y desde el día en que supo su desgraciada suerte, ha ido enfermando hasta el punto de que hoy, según dicen los médicos, su única curación sería volver á abrazar á su hijo. Pero, señor, no tenemos para el rescate. ¡Somos tan pobres!... Por eso vengo á vos: me habian dicho que erais adusto, que me rechazariais con dureza.... pero yo no lo creí. Venía á pedirnos redimieseis á mi hermano para salvar á mi madre, y me dije: el señor del castillo del Puerto también tendrá madre, y si la ha perdido, querrá que lo bendiga desde el cielo; ¿no es verdad, señor, que he hecho bien en venir?

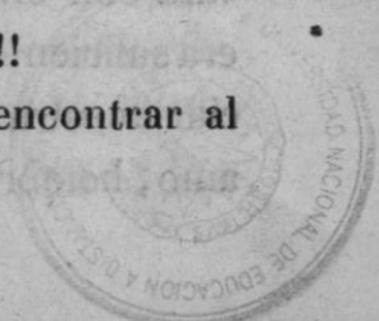
Por primera vez, despues de muchos años, sintió D. Guillen que las lágrimas acudian á sus ojos. Abrazó al niño, siguiólo á casa de su madre; y en breve uno de los sacerdotes de la mision, que partia para la redencion de cautivos, llevaba una gruesa cantidad para salvar al desgraciado marino.

Un año despues estaba sentado Don Guillen en la misma habitacion en que le habló el niño, cuando sintió ruido desusado en la fortaleza, y gritos repetidos de alborozado júbilo. Salió á averiguar la causa, y apénas habia puesto el pié en el umbral, cuando una exclamacion de loca alegría se escapó de su pecho.

—Hijo mio!!!

—Padre de mi corazon!!!

Don Guillen acababa de encontrar al hijo que lloraba perdido.



El honrado marinero abrazaba en tanto las rodillas de su bienhechor, y la pobre madre, derramando lágrimas de gratitud, le colmaba de bendiciones que repetían sus hijos.

Don Guillen lloraba, y los abrazaba á todos en medio de un placer infinito.

—¡Mi hijo, —repetía, —mi hijo, otra vez!

—Sí, padre mio, vuestro hijo que debe su libertad á este honrado marino. Cautivo cuando él, aunque me creyeron muerto entre las ondas, un mismo amor nos tocó en suerte, y cuando le dieron la noticia de su rescate, no quiso admitirlo sino á condicion de que yo me salvara con él. El rescate de uno solo no era suficiente para tanto, pero al presenciar nuestra lucha Adel-Selim, nuestro amo, hombre generoso, aunque infiel,

quiso corresponder á tanta abnegacion dándonos la libertad á entrambos sin recibir una sola dobla por nuestro rescate. Aquí teneis el dinero que para él disteis.

—Hijos míos, porque desde hoy todos lo sois—dijo el caballero—á mi castillo desde ahora. Mi nombre será el vuestro y mis armas las de vuestro escudo. Los que saben tan bien comprender los nobles sentimientos del corazón, nobles son, aunque hayan nacido en modesta cuna. Me habeis devuelto á mi hijo, yo os serviré de padre.

La felicidad rodeó desde entónces al anciano caballero, en medio de su hijo y de la nueva familia que habia adoptado; los niños de la buena mujer se cubrieron de gloria sirviendo á su Rey, y Don

Guillen, al verse tan dichoso, repetía con frecuencia :

Debo mi felicidad á la redencion de un cautivo. Benditas sean las obras de misericordia.

W

G.

**Gloria consigue infinita
Quien la prudencia ejercita.**

Estaban una tarde entretenidos en jugar al volante, en el jardín de su casa de campo, Paco y Enrique, preciosos niños hijos del duque de la Virtud.

Distraídos con su agradable entretenimiento, no habían observado que el jardinero, al salir, se había dejado la verja abierta, y que otro niño, llamado Luis, que les aborrecía porque eran aplicados y virtuosos, y él era holgazan y malo,

llegó por detras de Paco, y al tiempo de alzar la raqueta para pegar al volante, se la cogió, diciéndole :

—No se juega más.

Tomáronlo á broma los dos hermanos, y á pesar de lo que les contrariaba aquel incidente, recogieron el volante, y sentándose en un banco de piedra, dijeron á una voz :

—Ya lo íbamos á dejar.

—Pero no es eso lo que yo quiero— repuso amostazado Luis, al ver que no había conseguido trabar disputa. —No quiero que dejéis de jugar, sino que lo hagáis conmigo.

—Bien, jugarémos.

Y se pusieron en pié, colocándose Paco en frente de Luis, y quedándose Enrique para recoger los volantes que se cayeran.

Empezaron el juego, y á los primeros golpes dió uno tan fuerte Luis al volante, que quedó enredado entre los árboles cercanos.

—Ya nos hemos quedado sin diversion por tu culpa, Paco.

—Permíteme que te diga que ese golpe lo has dado tú.

—Sí, pero es porque me has entregado la raqueta más dura, y por eso bota el volante con tanta fuerza.

—Recuerda que no te la he dado, sino que la tomaste tú de manos de mi hermano.

—Siempre contradiciéndome: eres un mal amigo.

—Si aquí alguno merece esa calificación, no serémos nosotros, que estábamos tranquilos jugando en nuestro jardín, contestó Enrique.

—Eso es para decirme que no estoy en mi casa; eso es echarme á la calle. Enrique, eres muy impolítico.

Enrique iba á contestar á Luis, cuando su hermano Paco, cortándole la palabra:

—Mira, Luis — le dijo — no está bien que hayas venido, como parece, con ánimo decidido de incomodarte é incomodarnos. Déjanos en paz, que no queremos faltar á lo que nuestro padre nos enseña. Si quieres jugar, juguemos como buenos compañeros; pero si quieres disgusto, no extrañes que te abandonemos y nos retiremos á casa.

Como sucede siempre con los que reconocen, mal que les pese, su inferioridad, la rabia se apoderó del corazón de Luis, y gritó completamente fuera de sí:

—¡Hipócritas! ¡Creeis que yo vengo

para oír vuestros sermones y para sufrir vuestros solapados insultos?

—Ven, ven, hermano mio—dijo Paco á Enrique cogiéndole del brazo, y pálido al tener que vencer su natural valiente y atrevido, por no faltar á los preceptos de prudencia que su padre les diera.— Ven, porque Luis sin duda está enfermo, y quizá, si le contradecemos, será peor.

Y cogidos del brazo se dirigieron á la casa. Luis desahogó su envidia impotente destruyendo las encañadas y los cuadros del jardín, pero con tan mala fortuna, que el jardinero que en aquel momento volvía, lo vió, y sin pararse á averiguar quién era, le echó á golpes de la casa.

Paco y Enrique, en cambio, recibieron un abrazo de su padre cuando éste se hubo enterado de su prudente con-

ducta, y las alabanzas de cuantas personas habia aquel dia convidadas en la casa de campo.

Más tarde fueron respetados, mientras Luis, apenas habia cumplido quince años, murió en un duelo, promovido por su provocativo carácter.

H.

Herencia santa.

—¿No te desesperas de que la desgracia se ensañe contigo? ¿Cómo tienes tanto valor para sobrellevar el infortunio que te rodea? sin padres, sin parientes, sin amigos, sola y condenada á vivir de tu trabajo, te admiro, pero no te comprendo.

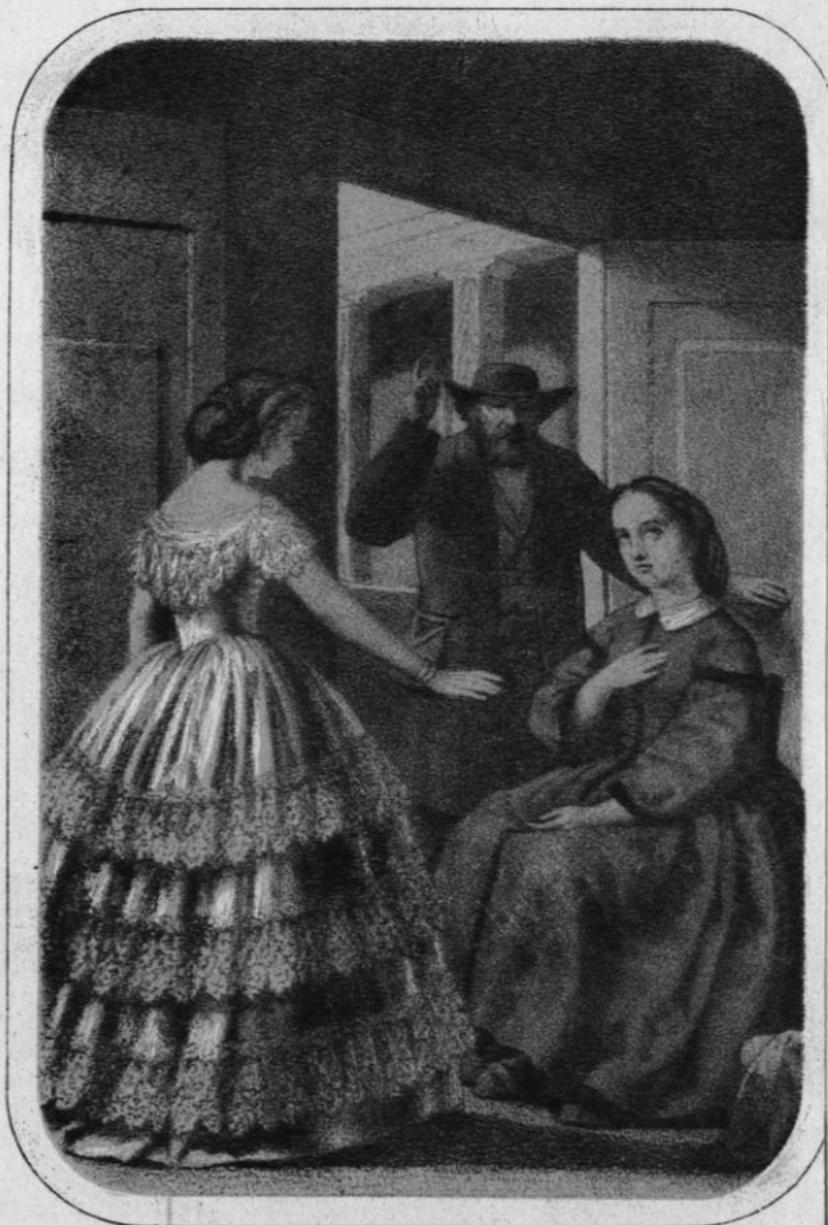
—Y ¿qué querías que hiciera, Rosa? ¿Que maldijera mi suerte, y me des-

esperase, para que Dios en castigo de mi falta de resignación me quitase la salud, único bien que poseo y con el cual puedo con trabajo sostener mi vida? No, Rosa, no; yo bendigo á Dios á todas las horas del día, y no me desespero, porque cuando tú me crees tan pobre, soy más rica que tú.

—¡Qué dices! ¡estás loca! ¡más rica que yo! já já já.

—Sí, Rosa, sí: tú tienes hoy coches y criados y lujo y esplendor, pero no eres feliz: en el fondo de tu alma siempre hallas un vacío, porque gastada tu sensibilidad por los placeres y las comodidades, en nada encuentras goces.

—Es verdad, todo me hastía: hay momentos en que al encontrar tan pobre el mundo y tan grande mi corazón, me canso de vivir.



J. MORENO y M. lit^o

Imp. de J. DUNON. Madrid.

Yo solo he recibido la FÉ y la ESPERANZA.

—Ni el mundo es pobre ni tu corazón grande. El mundo es bueno, pero tu corazón está gastado. Tú eres desgraciada en tu opulencia. Yo soy feliz en mi pobreza, y es que ambas hemos recibido de nuestros padres herencias diversas.

—Yo he recibido títulos, riquezas y placeres.

—Yo sólo he recibido la *fe* y la *esperanza* que dan la virtud.

—*Herencia santa*, dijo á este tiempo entrando un venerable anciano, que preguntaba por la pobre huérfana.

Un tío lejano de ella acababa de morir en América, y había encargado á su honrado compañero buscarse á su sobrina, y la entregase su caudal.

La huérfana bendijo á Dios, y reservándose lo más preciso, repartió lo demás entre familias pobres y desgracia-

das, porque su *fé* en Dios y su *esperanza* en la virtud habian engendrado en su corazon como santo premio, el inefable sentimiento de la caridad.

CH.

**Chanza importuna ó pesada
Abre á disgustos la entrada.**

¿No habeis disfrutado, queridos niños, en las templadas tardes de Mayo las delicias de los jardines? ¿No habeis corrido muchas veces en pos de una pintada mariposa, ó de un pajarito, que volando de flor en flor, creiais coger para cubrirlo de halagos y caricias? ¿No habeis deseado al regresar del paseo escuchar un cuentecito que os distraiga é instruya?

Pues leed éste, hijos míos, que os recordará esas tardes, y os dará saludable ejemplo.

Una hermosa tarde de verano los alumnos del Colegio de San Isidro salieron á dar un paseo con su inspector; tomaron por la cuesta de la Vega, y llegando á las orillas del Manzanares, rompieron filas y se pusieron á jugar.

Luis, que así se llamaba uno de los niños, separóse de sus compañeros, y sentado junto al sacerdote que con el inspector les acompañaba, comenzó á leer en las páginas de un hermoso libro cuyo título era «Vida de la Virgen María.»

Los demás chicos puestos en corro á cierta distancia, gritaban con inocente júbilo jugando á la *gallinita ciega*.

Dos de ellos, ya mayorcitos, pidieron

permiso y se apartaron del grupo dirigiéndose hácia Luis.

El sacerdote se acababa de separar de éste hablando con el inspector, por cuya causa los dos alumnos se aproximaron al modesto niño con más tranquilidad y desenvoltura.

—Luis, ¿por qué no vienes á jugar con nosotros? —le dijo uno de ellos.

—Mucho gusto tendria en complaceros, repuso Luis con dulzura; pero me es más grato, queridos míos, leer en este hermoso libro. — ¡Si viérais qué láminas tan bonitas tiene, y lo agradable que es su lectura.

—Sí, lo creemos; pero ya ves, todo el dia estás estudiando; razon es que ahora vengas á jugar.

—No es lo mismo; en los ratos que estudio no puedo ocuparme de esto,

porque en ellos el primero y exclusivo deber es aprender las lecciones.

—Bien, chico; pues lee,—dijo el más travieso con aire desdeñoso, y dando media vuelta fué á colocarse detras de Luis.

Su compañero quedó parado en frente, de modo que el estudioso niño, para mirar al uno, tenía que dejar de mirar al otro.

El modesto alumno siguió absorto en su lectura, y los dos jóvenes, que estaban mirándose, se hicieron una seña.

—Luis!!!—gritó el que se hallaba á su espalda con fuerte voz.

El niño se estremeció; volvió el rostro, y en tanto, el que se hallaba en frente, con la mayor rapidez introdujo un papel en el libro sin ser visto.

—Me has asustado, Eduardo—repu-

so Luis sonriendo y con voz amistosa.

Entónces los dos jóvenes se alejaron corriendo y le dejaron.

Al poco tiempo el inspector dió la señal de vuelta, y Luis cerró su libro sin advertir nada en él.

Cuando hubieron llegado al colegio, el niño dejó su obrita sobre la mesa; en seguida rezaron las oraciones de la noche, y despues marcharon á acostarse. A poco reinaba en los dormitorios un profundo silencio.

A la mañana siguiente, Luis fué á buscar su librito: habia desaparecido. El niño reprimió su tristeza, y siempre obediente marchó á clase con sus compañeros.

El inspector entró en el aula, y dirigiéndose á Luis, sin decirle una palabra lo condujo á un encierro.

Los compañeros se preguntaban unos á otros qué podria haber causado aquel cambio repentino; pero si ellos no lo entendian, ménos el pobre niño víctima de *una chanza importuna*.

El director dispuso expulsarle del colegio, aunque con harto sentimiento, por no alterar la disciplina.

Para ello, un dia reunió á todos los profesores y discípulos en el salon de actos; sacó un papel del libro que Luis leia la tarde del paseo, y mandó que éste se presentase.

El niño entró con la frente inclinada, sollozando y avergonzado.

—Diga usted— exclamó el director presentándole el papel; — el que burla de este modo la autoridad de su profesor, ¿no debe ser lanzado de entre sus compañeros? Tome usted; — y le mos-

tró aquel papel, en que estaba pintado ridículamente un hombre que se parecía al sacerdote, con un letrero que decia *lo hizo Luis*.

El pliego pasó de mano en mano, y llegado que hubo al niño, exclamó con voz firme y sonora:

—Como niño amante de Dios y de mis maestros, afirmo que es la primera vez que veo ese papel.

El director dudó al ver la seguridad con que habian sido pronunciadas aquellas inocentes palabras; pero decidiéndose de pronto, prosiguió:

—Ha faltado usted al respeto debido á los superiores; ese papel se ha encontrado dentro del libro que leia usted hace pocas tardes; usted mismo comprenderá si son ó no justos los castigos que se le impongan.

—Señor, Dios es el único que comprende la tranquilidad de mi conciencia.

Todo quedó en silencio por algunos instantes.

El director decretó la expulsión del alumno.

El joven cayó abismado en una silla sin poder pronunciar palabra.

Un sordo murmullo vagó en todas direcciones por el salón.

De pronto dos de los compañeros del niño salieron turbados y pálidos de entre los demás, y adelantándose dijeron con voz trémula:

—Señor director, jamás previmos las consecuencias de nuestra mala acción; pero aquí estamos para que caiga el castigo sobre nosotros, y luzca el premio en la frente de nuestro inocente compañero. Nosotros, por reirnos de su sor-

presa, fuimos los autores de esa chanza.

Todos quedaron mudos y sorprendidos.

Luis rogó con lágrimas al director que no castigase á sus compañeros.

Al ver los tiernos sentimientos de los jóvenes y la grandeza de alma del niño, exclamó el jefe enternecido:

—Perdóneos Dios, hijos míos, como yo os perdono, los males que habeis ocasionado al pobrecito Luis; pero tened presente este dístico que nos dice:

*Chanza importuna ó pesada
Abre á disgustos la entrada.*

Desde entónces, hijos míos, los dos niños, siendo eternos compañeros de Luis, se convirtieron en buenos, y rehusando las malas compañías, fueron

más adelante modelo de ciencia, de nobleza y de virtud.

Seguid su ejemplo, y prémieos el cielo.

I.

Inocencia.

¿No conocéis á la hermosa niña que lleva este nombre?

Tiene rubio el cabello, blanco el semblante con la dulce blancura de los jazmines, y sus ojos, de color de cielo, reflejan una paz inefable. Modesta, cariñosa, tierna, amante de sus padres y de sus maestras, es Inocencia un angelito sobre la tierra. Y sin embargo, la buena niña ha tenido envidiosas y muchas enemigas.

Las niñas malas, que siempre, por

desgracia, abundan en los colegios, la apellidaban hipócrita, porque no comprendía los cuentos y las mil hablillas de la ciudad, que llamaban exclusivamente la atención de sus compañeras.

Tanto aborrecimiento llegaron á tomarle, que no sabiendo cómo desprestigiarla en el ánimo de la directora, concibieron un infame proyecto.

Como Inocencia, fiel á su nombre, ni aún sospechaba que hubiese niñas tan malas, no se cuidaba de lo que en contra de ella pudieran tramar; y así jamás tenía cuidado de echar la llave en su costurero, donde sólo guardaba sus labores.

Una mañana, apenas la directora se habia sentado en su silla y se preparaba á las tareas diarias, echó de ménos un precioso dedal de oro con esmaltes azu-

les, regalo de una discípula á quien había querido mucho, y que tenía en grande aprecio.

Preguntó á todas las personas que pudieran haberse acercado á su costurero, y nadie le daba razon. Una niña solamente se atrevió á decir volviéndose hácia sus compañeras, pero de modo que lo oyese la directora:

—Cualquier cosa apostaria á que está en poder de alguna de las niñas de esta banda.

Por más que la directora no hubiera dudado de nadie, al oír la sospecha de la niña, no pudo dejar de tomarla en cuenta; y aunque con la mayor afabilidad, y procurando mitigar el mal efecto que la requisita habia de producir en el ánimo de las niñas, procedió á ella.

Inocencia fué de las primeras en

presentar su mesita y su costurero. — Pero cuál no sería su sorpresa y la de la directora, que la tenía en gran concepto, cuando perfectamente oculto entre unas madejas de seda, en el fondo del costurero de la niña, encontró el anhelado dedal.

○ Inocencia no pudo llorar. Tal fué la vergüenza que tan inesperado accidente le produjo, que cayó desvanecida.

○ Lleváronla á una habitacion interior, y entre tanto la directora, volviendo á su asiento, llamó á la inspectora, de visitas para que se dispusiera á conducir á casa de sus padres, la desdichada niña, cuyo crimen parecia indudable.

○ Las malas compañeras entre tanto gozaban en su desgracia, y no hacian más que comentar lo ocurrido, aparentando tener lástima de Inocencia, para

que realizase más la fealdad de la falta.

Pasados cortos momentos entró la inspectora, que habia estado en la calle con otro encargo del colegio, y cuando se hubo enterado de lo ocurrido, dijo á la directora, animada su voz por la indignacion:

—Señora, el cargo que se hace á Inocencia es falso. Es una vil trama llevada á cabo por algunas malas compañeras, que no pueden sufrir la superioridad de esa encantadora niña ni la pureza de su alma. Ayer mismo miéntras usted bajaba, entré yo en la clase, y vi que aprovechándose de la ausencia de las niñas y de la de usted, andaban urgando en el costurero de Inocencia, Petra, Juliana y Francisca. Reprendílas ágríamente, y previéndolo todo cogí un pedazo de cinta, que en su precipitacion habia

dejado cogida en la cerradura otra niña, á quien no pude conocer por la prontitud con que salió de la sala. Aquí está.

—No es mia — gritó una chica vendiéndose en su precipitacion. — Se parece mucho á la que yo llevo en la cintura, pero no vayais á creer...

—Basta, interrumpió severamente la directora, lo comprendo todo. Traed á Inocencia.

A poco, la encantadora niña, rojos los ojos de tanto llorar, desde que volvió de su desmayo, penetró en la sala, donde la directora, colocándola á su lado, y despues de besarla con el mayor cariño, alzó la voz en estos términos:

—Hijas mias, las que mereceis que así os llame, habeis presenciado hoy una leccion más elocuente que cuantas pudieran pronunciar mis labios. Inocen-

cia, tan pura como su nombre, ha sido víctima por algunos momentos de una negra calumnia. Ha sufrido horriblemente su hermoso corazón; pero Dios vela siempre por el inocente, y descubre al criminal, para confundirle y enaltecer á la virtud.—Petra, Juliana, Francisca, Antonia, quedais expulsadas de mi colegio, por malas niñas y criminales calumniadoras. Pero como mayor castigo, mirad: esta corona de preciosas flores, que he mandado hacer al jardinero esta mañana para premio de la más candorosa y buena, vedla sobre la frente de esa misma niña, tan pura y angelical como su nombre, y oid el lema que grabo en la tarjeta que de sus cintas pende:

Nunca deja la sábia Providencia

Que triunfe la maldad de la inocencia.

que tan pronto como se resquebraja, se des-
 cubren por algunos momentos de una
 vida colosal. El mundo horrible-
 mente su hermano corazón; pero Dios
 ve siempre por el inocente y descubre
 el criminal, para confundirle y castigarle
 a la vez. — Vuestra Juliana, Francisco,
 Antonio, quedáis espantados de un co-
 lado por estas cosas y criminales es-
 pantados, pero como todo es castigo,
 nada: esta corona de preciosa flores,
 que he mandado hacer al jardinerío para
 que os ponga presuro de la vida cuando
 os la ponga, veis sobre la fiesta de
 esta vida mía, tan pura y sencilla, al co-
 lado al nombre, y oíd el alma que habla
 en la tarjeta que de sus cosas pende:

¿Qué importa la vida de la vida?
 ¿Qué importa la vida de la vida?

J.

Justicia.

—Papá, ¿por qué pintan á la Justicia con una balanza en la mano?

—Espera, hijo, y lo comprenderás.

Pasaban al decir esto Julio y su papá por el Prado, á tiempo que una desagradable escena tenía lugar á corta distancia de ellos.

Dos niños, el uno de cinco años y el otro de diez, estaban riñendo, y el mayor, como era natural, habia dejado caer

al más pequeño y le daba repetidos golpes.

El chico era un pobre muchacho, y el mayor, un rico heredero, amigo y compañero de Julio.

Este, llevado de su hermoso corazón, corrió hacia ellos, y separando á los dos combatientes, empezó á afear su mal proceder al mayor de los niños, mientras acariciaba al más pequeño y más pobre, que se deshacía en lágrimas, pues le habían hecho mucho daño los golpes de su contrario.

—¿No ves que es más chico que tú? ¿Así respetas á los seres más débiles, que en vez de duro trato, tienen derecho á reclamar de los más fuertes amparo y protección? — dijo al rico heredero.

—Muchas gracias, Julio, — contestóle el iracundo niño; — te pones de parte de

ese pobre diablo, que al pasar consus sillas en la cabeza, ha tenido la audacia de chafarme con una de ellas el sombrero.

—Ya le dije á usted que fué sin poderlo remediar; que iba cargado, y no veia á los que pasaban cerca de mí,— le interrumpió sollozando el niño.

—Sí, envalentónate ahora porque tienes quien te defienda, pilluelo.

—Cuidado, Fernando, cómo tratas á esta pobre criatura, que en nada te ha ofendido. Eso no es noble ni digno de tí. Has obrado mal, y mucho y muy sincero arrepentimiento necesitas para que Dios te perdone tu mala obra.

—Vaya, vaya, que estás hoy original. ¡Defender á un muchacho en contra de un antiguo amigo y compañero!

—Sí, porque en esta ocasion ese muchacho tiene más razon que tú, y la jus-

ticia no consiente consideraciones de ningun género.

—Esa es la balanza que ponen en la mano de la estatua de la Justicia,—dijo á este tiempo el padre de Julio, que llegaba.—Tú has sabido pesar con tanto acierto la culpa de uno y de otro, que dando á cada cual lo que es suyo, la has colocado en fiel. Fernando—continuó—sabes la amistad que tengo con tu padre; si no quieres que le cuente lo ocurrido, y que te retire su cariño, da la mano á ese pobre chico, llévalo á tu casa, preséntale á tu padre, y pídele le dispense su proteccion. Repara al ménos el mal que has causadò; que la reparacion cuando se obra mal es la justicia, y procura reprimirla en lo sucesivo tan malos arrebatos.

Fernando obedeciò confuso, subyugado ante la fuerza de la razon, y Julio

dijo á su padre, besándole la mano :

—Gracias, padre mio; ahora he comprendido la justicia, y ojalá que nunca se borre de mi memoria cuanto esta tarde he presenciado, y oído de los labios de usted.

L.

Laboriosidad.

Por los años de 1830 vivía, en una de las mejores ciudades que baña el Mediterráneo en nuestra Península, un pobre jóven como de catorce años, que sin más recursos que su genio y su amor al trabajo, se habia trasladado á la marítima poblacion desde las montañas de Astúrias en busca de fortuna.

Ocupado en las más modestas faenas de una casa de comercio, aprovechaba

las pocas horas que periódicamente le concedían para el descanso y esparcimiento, y aprendió aritmética y partida doble, con lo que veía en alguna ocasión, lo que escuchaba de éste y lo que preguntaba á aquel. Poco despues observó que un compañero que en la tienda habia, era inglés, y á trueque de perfeccionarle en nuestra lengua, aprendió el difícil idioma de la Gran Bretaña. Activo, incansable, llamó la atención de su principal, quien al poco tiempo le asignó sueldo, que el niño no percibia, sino que dejaba en poder de su amo para que empleado en las especulaciones de la casa pudiera producirle ganancias. Necesitó el principal de un comisionado probo y activo para ir á una provincia lejana con motivo de la quiebra de un correspondiente, y envió al imberbe mozo, que

tal confianza habia sabido inspirarle, y el cual, por su parte, tan bien supo desempeñar la comision, que logró el completo saldo del crédito de la casa.

Se aumentó su sueldo y pasó á trabajar en la caja.

Allí desplegó tal actividad y celo, que partidas que se creian perdidas parecieron y se realizaron, y el órden más estricto aseguraba cada dia el crédito del establecimiento.

Una mañana su principal, en recompensa de tanta laboriosidad y honradez, le asoció á su fortuna, y fué compañero del que ántes habia sido criado.

Murió su antiguo amo, y con la parte que le correspondia y que le entregaron sus herederos, la cual era ya un pequeño capital, compró géneros de la Península, se embarcó para Inglaterra y Amé-

rica, recorrió sus principales estados, y volvió rico.

Entonces ya se pudo hacer armador: fletó buques, ideó fábricas, y empezó una donde cifraba todas sus esperanzas. Pero cuando apenas iban sacados los ci- mientos, sus barcos naufragaron y casi perdió su capital.

No desmayó por eso: con el resto que le quedaba volvió á lanzarse al Océano, y á los pocos años regresaba con más fondos que los que habia perdido.

Aun tuvo que luchar mucho, pero la fábrica adelantaba, y llegó un dia en que sus hornos lanzaron torrentes de humo, y el poderoso aliento del vapor resonaba en sus extensos ámbitos.

Despues, al hacer en final de año el balance de sus fondos, se encontró que su casa era la más fuerte de todo el país.

, y

or:

zó

as.

ci-

asi

ie

o,

as

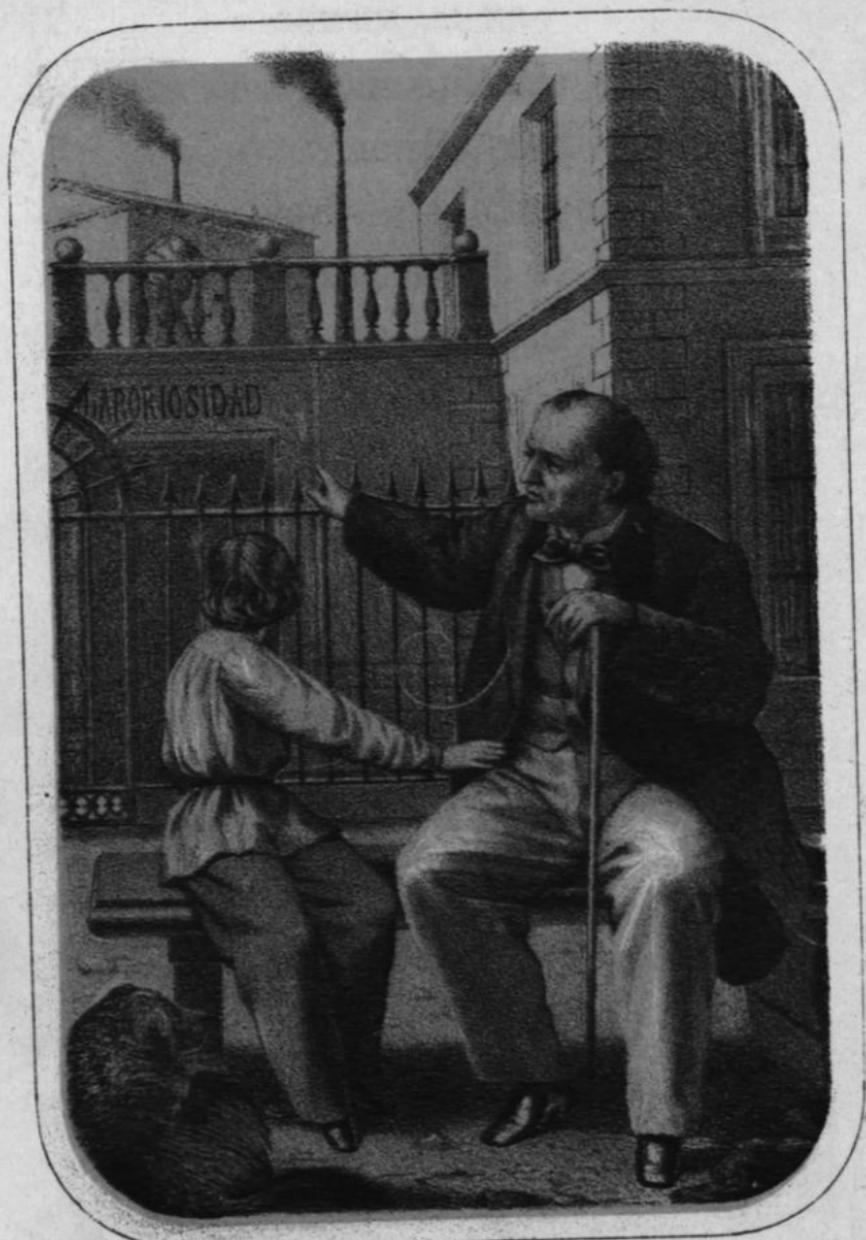
a

e

, .

-

l



MORENO y M. h^o

Lit. de J. DONON. Madrid.

Si, hijo mio; miralo escrito sobre
la puerta de esa fábrica.

—Pero, abuelito mio, ¿tenía ese buen hombre algun talisman?

—Sí, hijo mio, sí; míralo escrito sobre la puerta de su fábrica: «LABORIOSIDAD.»

—Pero, ¿quién es el que se vende?

—¿Quién es el que se vende?

—Si yo me voy, ¿quién es el que se vende?

—¿Quién es el que se vende?

—¿Quién es el que se vende?

LL.

**Lleva el hermano que infelice muere,
A su sepulcro, donde el Juicio espere.**

— Papá, ¿qué es aquello que se ve en medio del camino? Parece un hombre que está durmiendo.

— Quiera Dios que no haya ocurrido alguna desgracia — contestó su padre.

Así hablaban D. Fernando de Azagra y su hijo Ernesto, que se dirigían á caballo desde su quinta hasta la población cercana, viendo un hombre tendido en medio del camino.

— Bien me lo temia — dijo D. Fernando al llegar cerca de él. — Baja, desmonta pronto, hijo mio, que se encuentra herido, y quizá lleguemos á tiempo.

Acercáronse al que yacia en tierra, despues de entregar las riendas de los caballos al criado; y viendo que por mas que le dirigian la palabra no respondia el caido, le reconocieron, y D. Fernando, que á su cualidad de rico labrador unia la de ser un médico de merecida fama, declaró que era cadáver, y que ya debian haber trascurrido algunas horas desde que habia dejado de existir.

— ¡Y qué vamos á hacer, padre mio?

— ¡Qué vamos á hacer? Cumplir con una santa obra de misericordia: llevarle á la vecina aldea para enterrarle. Pedro irá al pueblo y avisará al alcalde para que venga á practicar las debidas di-

ligencias, por si la herida que tiene en la cabeza ha podido ser hecha por algun criminal, ó si proviene, como yo creo, de la caida de un caballo.

Pedro fué efectivamente á la aldea más cercana, y despues que la autoridad tomó las noticias que creyó convenientes para la averiguacion del hecho, el cadáver, llevado por D. Fernando y su hijo, ayudados de dos aldeanos, fué depositado en su sepultura.

Cuando el acto estuvo terminado, y cuando acabadas las preces de los difuntos, el padre y el hijo se levantaron de la removida tierra, donde habian estado de rodillas, Julio dijo á su papá:

— No sabe usted el placer que experimenta mi corazon en medio de los tristes momentos que hemos pasado, al considerar que hemos podido impedir

hayan sido profanados esos sagrados restos, ó pasto de los lobos y de las aves de rapiña.

—Sí, hijo mio, sí; hemos cumplido un fúnebre deber, que por el mismo sacrificio que en sí lleva, es meritorio á los ojos de Dios: las obras buenas, que no exigen de nosotros el vencimiento de nuestra voluntad, la abnegacion de nuestros deseos, aunque gratas á los ojos de Dios, alcanzan menor merecimiento. Triste cosa es enterrar los muertos, porque hasta nuestro instinto se rebela á la vista de un cadáver. Pero por eso es una obra de misericordia, emanada del sublime precepto que nos manda « amar á nuestros hermanos como á nosotros mismos. »

M.

Modestia.

Blanca es una niña que apenas contará diez años, y que tiene mucha analogía con su nombre.

Sus mejillas son pálidas como las blancas hojas de la azucena.

Pero más blanca es aún la pureza de su alma.

Un día se celebraba certámen público en su colegio, y todas las pensionistas se presentaron muy de mañana en el salon donde habian de adjudicarse los

premios á las más sobresalientes, vestidas de blanco, y ceñidas sus sienes con los velos que se usan en algunas comarcas para la primera comunión.

Llegaban del templo de cumplir este consolador precepto religioso, y fueron poco á poco y con el mayor orden ocupando los asientos que las estaban destinados.

Blanca, separada de las alegres conversaciones de sus compañeras, estaba retraída, sentada en el último lugar, como temerosa de ser vista.

Sus bellísimos ojos negros, impregnados de una dulce timidez, se dirigían de vez en cuando á la numerosa concurrencia, que con semblante risueño acudía á presenciar el triunfo del talento y de la aplicación.

Empieza el acto, y diferentes niñas

hacen alarde de sus conocimientos con gran desenvoltura, y las más rebosando júbilo y con cierto aire de altanería, como para demostrar la satisfacción que interiormente experimentaban.

El tribunal de señoras que había de premiar su mérito, se hallaba satisfecho de los adelantos de las jóvenes alumnas; pero no había encontrado todavía la que fuese acreedora al primer premio, que consistía en un bellissimo jazmin de plata.

Llegó su vez á Blanca, y con temerosa compostura, aunque noble dignidad, se presentó á sufrir el exámen.

La expresion de sus ojos y su modesto aspecto excitaron las simpatías de las señoras que habian de juzgarla; pero cuando llegó el entusiasmo á mayor altura fué al contestar á las repetidas pre-

guntas que la dirigieron, y que resolvió con la mayor sencillez y de la manera más concluyente.

Apénas terminó, fué aclamada por unanimidad como la merecedora del primer premio.

Blanca, entónces con los ojos húmedos por la emocion, dijo con voz sentida y armoniosa.

— Gracias, señoras, por la distincion con que me honrais, y que realizaria mis mayores ambiciones, pero no merezco ese premio, sino la buena inspectora que con sus consejos y lecciones ha ayudado á mi corta inteligencia. Yo me atreveria á suplicar al tribunal le adjudicase esa recompensa, que á ella debo.

Lágrimas de emocion purísima arrasaron los ojos de los circunstantes, y al propio tiempo que Blanca fué decla-

rada la primera alumna del colegio, la inspectora obtuvo la direccion del establecimiento, cuyo cargo estaba vacante.

La modestia es siempre inseparable del verdadero mérito, y nunca deja de ser recompensada.

esta la parte en el mundo del colegio y la
inspección obtuvo la dirección del sala-
rio, cuyo cargo estaba vacante.
La modestia es siempre inseparable
del verdadero mérito y nunca debe de-
jar ser recompensada.

El hombre que se dedica a la enseñanza
debe ser modesto y no debe buscar
la gloria ni el aplauso. Su deber es
enseñar y no ser enseñado. La modestia
es una virtud que le permite ser útil
a los demás sin buscar nada para sí.
El verdadero mérito se reconoce por
la modestia. El hombre modesto es
el que sabe que no sabe nada y que
está dispuesto a aprender siempre.
La modestia es la base de toda
virtud. Sin ella, el hombre se vuelve
orgulloso y pierde todo valor. Por
lo tanto, el educador debe cultivar
esta virtud en sus alumnos desde
pequeños. Así, se forman hombres
capaces de servir a la sociedad con
humildad y eficacia.

N.

No hagas bien por vanidad;

Hazlo, sí, por caridad.

El venerable vicario de San Luis había salido á dar un paseo por el campo, en compañía de su sobrino Hernando, que contaría once años escasamente.

Su anciano tío no había dejado de entrever en el carácter del niño tendencias de altivez y presuncion, y no perdonaba medio de demostrarle los males é inconvenientes que tales defectos pueden ocasionar.

El sol caminaba presuroso á ocultarse en occidente, y tomando la vuelta en direccion á la ciudad, apresuraron el paso cuanto era permitido á la avanzada edad del sacerdote.

Habia que atravesar un puente bastante largo sobre un caudaloso rio, y al pasarlo, un hombre, cubierto de miserables harapos, que miraba con triste calma las claras ondas, que el viento rizaba caprichosamente, se les acercó con lentitud, y presentándoles su mugrienta y desgarrada gorra, que sostenia con mano trémula, les dijo:

— En caridad, una limosna por Dios.

El anciano sacerdote se detuvo y al mismo tiempo Hernando gritó con acento de marcada altanería:

— Dios le socorra, hermano;— y continuó su marcha, sin dar tiempo á su

tio más que para arrojar una moneda al pobre, que éste no pudo encontrar entre el polvo del camino.

El vicario tuvo que apresurar su trémulo paso para alcanzar á Hernando, y al incorporarse con él, le dijo:

—Sabes que las obras de caridad son las que más agradan á Dios.

—Bien, tio; pero podia haberse ido á una calle de la poblacion y en sitio público.

—¿Y qué mas da? Podrá tener algun inconveniente para hacerlo así.

—Acaso sería un bandido que tratára de sorprendernos...

—¿Y lo evitabas con rehusarle una limosna que te pedia con voz desfallecida?

—Tal vez sería un vago ... y...

—*Haz bien y no mires á quién*, dice una máxima evangélica.

En estos y otros razonamientos llegaron á la poblacion ya entrada la noche; y en una calle muy concurrida hallaron á un mendigo que pedia limosna con grandes voces. Un compañero de colegio que se habia reunido á Hernando sacó de su bolsillo una moneda de plata de cuatro reales; y éste, con aire de vanidad y orgulloso desden, dió al pobre un escudito de oro, diciéndole en alta voz:

—Tome usted, hermano, y socórrase por unos dias.

Se separaron los dos amigos, y entónces el anciano dijo á su sobrino:

—¡Cuánto más valiera que hubieras partido esa cantidad distribuyéndola entre ambos pobres, el del camino y el de la calle!

En esto entraban en su casa.

Un empleado del hospital de caridad llegó á hablar al anciano sacerdote para que fuera á prestar los últimos auxilios espirituales á un hombre que se habia arrojado al rio por el puente , y que se hallaba espirante. Era el anciano que les habia pedido limosna durante el paseo. Hernando conoció lo mal que habia obrado aquella tarde, y repitió frecuentemente desde entónces la máxima que tantas veces habia oido á su tio :

*No hagas bien por vanidad ;
Hazlo , sí , por caridad.*

O.

Oir el buen consejo.

Nada más pintoresco que las playas que se extienden de Pésaro á Rímíni.

Bañadas por las tranquilas olas del Adriático, y coronadas de un cielo siempre azul, parecen las cabañas de los pescadores, que se encuentran salpicadas en las costas, inmóviles barcos pintados de blanco, que no pueden mover las aguas del mar.

En una de estas casitas vivía el anciano Pietro en compañía de su hijo único Luigi que apénas había salido de la niñez, y que sustentaba á su anciano pa-

dre con los productos de la pesca que hacia diariamente; porque Pietro habia tenido que sufrir la amputacion del brazo derecho á consecuencia de un fuerte golpe que recibió contra la quilla de un buque.

Una mañana, apénas apuntaba el dia, se levantaron ambos, siguiendo su constante costumbre, y fueron á sentarse en una gran piedra, donde esperaba Pietro á su hijo hasta que regresaba de la pesquería.

La mar estaba en calma: apénas tenían movimiento las olas al resbalar sobre la húmeda arena; pero algunas nubes grises y bajas se veian aglomeradas al poniente, contrastando con el azul oscuro que presentaba el horizonte.

Desató Luigi la amarra de su bote, y fué, como todos los dias, á abrazar

á su padre ántes de lanzarse al mar.

— ¡Ah! Luigi— le dijo éste— ¿vas á tender las redes?

— Sí, padre mio — contestó; — está la mar serena y voy á terminar muy pronto.

— Hijo mio, medítalo ántes. Esta calma me hace presentir grandes males; esas pesadas nubes que se aglomeran por occidente son de mal agüero, y..... mira, mira, la mar adentro se va picando segun se aproxima la salida del sol.

— No tema usted, padre mio; está serena, y debo recoger las redes llenas en poco tiempo.

— No; tu pobre barca no es suficiente á resistir la marejada, ni tus débiles brazos bastante fuertes para sostener los remos contra la mar alta.

— No tenga usted cuidado.

— Luigi, oye mis consejos; los con-

sejos de un padre que siempre deben ser atendidos. No te lances hoy al mar; tenemos todavía para algunos días.

—Descuide usted, padre mio, que ántes de tres horas estoy de vuelta.

Una lágrima rodó por la mejilla de Pietro, al mismo tiempo que su hijo se deslizaba mar adentro en la barquilla.

Una ola rompióse con fuerza á los piés de Pietro, que estaban inmóviles sobre la arena.

Media hora más tarde la mar se agitaba imponente; un ruido sordo y amenazador retumbaba en el interior del pié-lago, y los golpes de las olas se sucedían con fuerza sobre la playa.

Pietro rezaba por su hijo cuando alcanzaron sus ojos á divisar un bote que aparecía y desaparecía sucesivamente amenazando ser sumergido.



MOORENO y M. h^o

Lit. de J. DONON Madrid

Una ola gigantesca le volcó.

SECRET

1. The purpose of this document is to provide information regarding the activities of the [redacted] in the [redacted] area. This information is being provided to you for your information only and is not to be disseminated outside of your organization.

2. The [redacted] has been identified as a [redacted] and is currently active in the [redacted] area. It is believed that the [redacted] is involved in [redacted] activities and is a potential threat to the [redacted] area.

3. The [redacted] is currently active in the [redacted] area and is believed to be involved in [redacted] activities. It is believed that the [redacted] is a potential threat to the [redacted] area and is being monitored by the [redacted] area.

4. The [redacted] is currently active in the [redacted] area and is believed to be involved in [redacted] activities. It is believed that the [redacted] is a potential threat to the [redacted] area and is being monitored by the [redacted] area.

5. The [redacted] is currently active in the [redacted] area and is believed to be involved in [redacted] activities. It is believed that the [redacted] is a potential threat to the [redacted] area and is being monitored by the [redacted] area.

6. The [redacted] is currently active in the [redacted] area and is believed to be involved in [redacted] activities. It is believed that the [redacted] is a potential threat to the [redacted] area and is being monitored by the [redacted] area.

7. The [redacted] is currently active in the [redacted] area and is believed to be involved in [redacted] activities. It is believed that the [redacted] is a potential threat to the [redacted] area and is being monitored by the [redacted] area.

8. The [redacted] is currently active in the [redacted] area and is believed to be involved in [redacted] activities. It is believed that the [redacted] is a potential threat to the [redacted] area and is being monitored by the [redacted] area.

9. The [redacted] is currently active in the [redacted] area and is believed to be involved in [redacted] activities. It is believed that the [redacted] is a potential threat to the [redacted] area and is being monitored by the [redacted] area.

10. The [redacted] is currently active in the [redacted] area and is believed to be involved in [redacted] activities. It is believed that the [redacted] is a potential threat to the [redacted] area and is being monitored by the [redacted] area.

Una ola gigantesca le volcó, y Luigi, luchando con las enfurecidas aguas pugnaba por ganar la orilla.

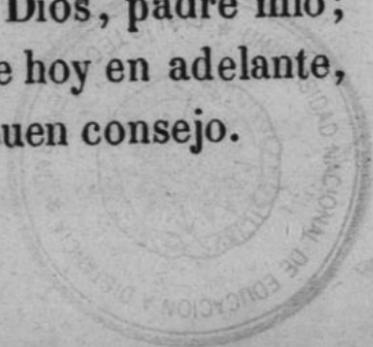
Su padre se adelantó lanzando un grito desgarrador.

Al mismo tiempo las olas arrojaron contra la arena á su hijo inanimado.

Pietro le prodigó los mayores cuidados, y al cabo de algunas horas bendijo á Dios porque le volvía á su adorado Luigi. Este abrazó á su padre, de quien se creyó separado para siempre, el cual no pudo ménos de exclamar con dulce reconvencion :

— ¡ Si hubieras hecho caso de mis advertencias...!

— Calle usted por Dios, padre mio; conozco mi falta, y de hoy en adelante, no desoiré jamas el buen consejo.



Unos gigantes a le volée, y Luis
 luchando con las enurecidas aguas por
 nada por ganar la orilla.

Se parte se adelante lanzando un
 grito desgarrador.

Al mismo tiempo las olas arrojan
 contra la arena a su hijo inanimado.

Hecho lo prodigio, los mayores cuida-
 dos, y al cabo de algunas horas perdi-

do a Dios porque le volvió a su aborrido
 Luis. Esto hárase a su padre, de quien

se creyó separado para siempre, el cual
 no pudo menos de exclamar con dulce

recuerdación:

— ¡Si hubiera hecho caso de mis ab-

vertencias...

— Calle usted por Dios, padre mío;

conozco mi hijo, y de hoy en adelante
 no deoñe jamás el buen consejo.

P.

Perdonar las injurias.

Corria el año de 1661.

Una tarde apacible de primavera paseaba por las orillas del Manzanares un venerable anciano, vicario de Santa María la Mayor, y á su lado un jóven, cuyo labio superior apénas sombreaba un ligero y aterciopelado bozo.

Vestia el honroso uniforme de alférez de guardias, y tan preocupados marchaban en su larga conversacion sacer-

dote y caballero, que apenas notaron habia traspuesto el sol los blancos picos de Guadarrama, y la gente se retiraba, ya impelida por un viento húmedo y desagradable que soplabá del río.

Comenzaron á subir la cuesta de la Vega, abandonando aquellos solitarios parajes con direccíon á la coronada villa y córte, cuando vieron descender á un caballero lujosamente vestido, ostentando rica pluma en su elegante sombrero, airosamente inclinado sobre la ceja derecha.

Caminaba á buen paso, y al llegar cerca del jóven alférez, que vestía por vez primera el uniforme, la contera de plata de la espada del caballero fué á dar con fuerza sobre la elegante bota del novel militar.

—Caballero, ¡eh! caballero; gritó és-

te; una excusa de cortesía á nadie se niega.

—Qué decis, mozo, —repuso el caballero parando su marcha.

—Vamos, Diego —balbuceó con trémula voz el anciano sacerdote — ha sido una casualidad; no merece hacerse alto en ello.

El alférez se volvió, desarmado en su enojo, al anciano que tanto respeto le inspiraban sus palabras.

Pero el caballero se le habia colocado frente á frente.

—¿Excusa me pedís, rapazuelo? ¿Una excusa? Tomad.

Y al mismo tiempo su mano se señalaba en el rostro del jóven.

—¡Ira del cielo! — gritó éste; — en guardia, caballero, en guardia, y veremos con qué derecho abofeteais á un al-

férez de nuestro monarca D. Felipe IV;
— y empuñó con mano segura la brillante espada, que aquella tarde ceñía por vez primera.

— ¡Diego! ¡Diego!

— Perdonadme, tío, pero tal ofensa...

— Tanto mayor mérito si logras vencerle y perdonarla.

— Es preciso una reparacion, un duelo...

— Dios dice: « no matarás. »

— Pero es que he recibido una injuria...

— Perdonar las injurias es una de las obras de misericordia—gritóle el sacerdote con poderosa voz.— A Dios injuria la humanidad entera, y Dios la perdona y la redime.

Reflexionó un momento Diego, y ex-

clamó dirigiéndose al caballero que se hallaba á algunos pasos presenciando tan evangélica escena.

— Idos , idos por favor , caballero ; yo os lo suplico.

El desconocido le miró fijamente , bajó al suelo la vista , y se alejó avergonzado.

— Bendito seas , hijo mio — exclamó el venerable sacerdote : — al cumplir sus preceptos , Dios no podrá ménos de premiarte.

— Bien , tio , ya lo conozco ; pero mañana pediré mi pase á Ultramar.

Ocho dias despues recibia un pliego cerrado el jóven alférez , donde se veian grabadas las armas reales. Creyó que

sería la autorización para pasar á América; pero con sorpresa encontró que era un diploma de capitán de guardias, y el título de vizconde de Puño-en-rostro.

Una nota adjunta contenía estas palabras: «Quien perdona las injurias es más caballero que el que las venga.»

Q.

Quien bien obra, Dios le ayuda.

Bella-vista es una espaciosa granja colocada en uno de los más pintorescos valles de Andalucía.

Su actual poseedor, rico propietario de la corte, habia dedicado los dos meses de verano á pasarlos en ella, en compañía de su señora y de su hijo único Luis, que tendria apénas once años.

José, que contaria muy poco más edad que Luis, era hijo de uno de los muchos arrendatarios de la extensa granja de *Bella-vista*, de carácter dulce y

franco, aunque poco cultivado, pero con un hermoso corazón y una inteligencia precoz.

Luis le había visto pasar desde su ventana en más de una ocasión al caer el sol, conduciendo á la era alguna caballería cargada de miés; y sea por una verdadera simpatía, ó simplemente por el afecto que siempre se despierta en dos niños de la misma edad, es lo cierto que en más de una ocasión se hubiera acercado á José, y hubieran entablado mutuas relaciones á haberle encontrado en su camino.

José por su parte le miraba al pasar con sus dulces ojos negros; se quitaba su sombrerito de palma, y continuaba su marcha.

Un día salió Luis acompañando á su papá á dar un paseo por el campo á ca-

ballo cuando apénas apuntaba el sol. Marchaban por una calle sombreada de álamos y acacias, y al terminarla, tomaron una cañada que conducia á unos extensos pinares.

Encontraron en el camino al párroco de la próxima aldea, que venía montado en una mula, y Luis siguió andando en tanto que su padre hablaba con aquel.

Terminada su ligera conversacion al cabo de un corto rato, fué á incorporarse con su hijo, para lo cual puso el caballo al galope; pero al llegar á una explanada del camino, encontró al lado de un arroyo la gorra de Luis, y varias manchas de sangre en la tierra recientemente movida.

—¿Habrá caído mi hijo del caballo? ¿Dónde estará? Esta sangre ¿qué significa?—exclamaba sobresaltado, y ca-

minando en todas direcciones sin saber cuál camino seguir. Halló pisadas recientes de un caballo y se lanzó velozmente tras de ellas: siguiólas, y se encontró bien pronto en su casa, donde halló la mayor consternacion, especialmente en su esposa, pues habia llegado el caballo que montaba su hijo, pero sin jinete.

Todos los criados salieron en distintas direcciones, y cuando ya habia pasado una hora en medio de la mayor incertidumbre, vieron llegar á un niño que sostenia en sus débiles brazos á Luis, el cual traia la frente cubierta con un pañuelo de algodón.

—Habla, habla, hijo mio; ¿qué es eso? ¿Qué te ha sucedido?

—Nada, nada, papá; á poco de separarme de usted hallé un perro que se

bañaba en un arroyo del camino: se espantó el caballo; salió corriendo, y yo, que no pude sujetarme, caí, y me hice una herida en la frente, de la que me salía mucha sangre. No podía gritar; cuando de pronto se apareció José, mi amigo José, porque ya es mi amigo, y con su pañuelo me restañó la sangre que brotaba de mi frente, me cogió en sus brazos para que no me fatigase; me puso su sombrero de palma para que no me diera el sol en la cabeza, y aquí nos teneis ya, á mí salvo, pero al pobre José bien fatigado.

—No, no estoy cansado, señorito... Ah! tomad este alfiler de oro que encontré en el suelo cerca de usted, y que deberá ser de su corbata, y quédese con Dios, que me estará mi padre esperando para el trabajo.

— No te marches, hijo mio — exclamó la madre de Luis — que tus padres van á venir en breve.

Un mes despues el padre de José tomaba posesion, como administrador, de la extensa granja de *Bella-vista*, con un sueldo de 14,000 reales anuales.

José acompañó á Luis á la córte, y ambos siguieron iguales estudios en el mismo colegio.

Luis y José jamas se separaban, y cuando en los veranos iban á la granja, el último decia á su padre trémulo de emocion.

— ¡Recuerda usted, padre mio, las máximas que al caer el sol me repetia usted todas las tardes?

— Sí, hijo mio; y bien coges el fruto de la primera que se grabó en tu memoria: *Quien bien obra, Dios le ayuda.*

R.

Rogar á Dios.

Eugenia habia quedado huérfana de madre cuando apenas contaba seis años.

Su cariñoso padre la prodigaba toda clase de atenciones , pues la amaba con entrañable cariño, pero poco tiempo despues su profesion de marino le obligó á partir para América, donde debia permanecer dos años. Inquieto por el porvenir de su hija , á quien no queria

exponer en tan corta edad á los azares de un viaje, pensó dejarla en el Monasterio de las Salesas, hasta tanto que regresase á España, si Dios le concedía vida.

Hízolo así efectivamente; y despues de darla el último beso de despedida, emprendió su marcha para Cádiz, de donde debia partir á la isla de Cuba.

Eugenia quedó instalada en un elegante gabinete, y las religiosas continuaron la educacion de su inteligencia y de su espíritu, haciéndola poco á poco habituarse á las prácticas religiosas, tan necesarias en la primera edad.

Todas las tardes al declinar el sol, hora en que habia dado el beso de despedida á su padre, se la veia abandonar á sus compañeras en los momentos de recreo, y dirigirse á su habitacion

triste y pensativa con los ojos cargados de lágrimas. Ya en ella, se arrodillaba ante un precioso crucifijo, y en una oración tan sencilla como ferviente demandaba á Dios eterno descanso para su triste madre, buena fortuna y feliz regreso para su padre ausente.

La oración es el bálsamo del dolor.

La oración es el consuelo del alma creyente.

Una tarde, su compañera Emilia, á quien llamó la atención su retraimiento, la siguió, y estando para terminar su plegaria cotidiana, se arrojó en sus brazos con las lágrimas en los ojos, y la dijo:

—¿Rezas todas las tardes, Eugenia?

—Sí, desde que se alejó mi padre de mi lado no pasa una tarde sin que reze.

—¿Y por quién?

—Por mi madre, que está en el cielo, y por mi padre, que se halla léjosde mí. Despues experimento un consuelo tan grande, que me parece sentir en mi frente los besos de mi padre y las bendiciones de mi madre. Es imposible, me digo, que Dios me abandone.

—Bendita seas, Eugenia; yo tambien soy huérfana y debo rezar por el alma de mis padres. Y cayendo de rodillas junto á Eugenia, ambas elevaron al cielo sus plegarias.

Desde aquel dia, al tocar la oracion las campanas del monasterio, las dos niñas se arrodillaban ante la imágen del Señor y elevaban al cielo sus puras oraciones.

Algunos meses despues el padre de Eugenia llegaba al locutorio, ansioso de dar un abrazo á su hija, á quien no

habia visto en dos años, y de la que no se separó jamas.

Dios habia escuchado las plegarias de Eugenia, porque Dios no olvida á los que con fervor le ruegan.

S.

Sufrir con paciencia.

Adolfo había quedado huérfano cuando apenas contaba ocho años.

Los cuantiosos bienes que heredó de sus padres excitaron la codicia de su tío Anselmo, comerciante y único pariente que conocía, y bien pronto fué puesto en posesion de ellos, en calidad de tutor del jóven Adolfo.

Cuando hubo trascurrido algun tiempo., desapareció de los labios del tutor

la fingida sonrisa, y la más injustificable dureza se veía siempre en ellos al dirigir la palabra á Adolfo. La educación de éste estaba abandonada, y á no haber sido por un amigo de su misma edad, que en los ratos que dedicaban al ocio y al paseo le enseñaba la lección que aquel día había dado en el colegio, Adolfo hubiera quedado en la mayor ignorancia.

Pero no bastaba tanto abandono.

Cruzó por la mente del comerciante la idea de enriquecerse y quedar en absoluta libertad de disponer de los bienes de su sobrino, desposeyéndole de su crecida fortuna, é inventó para ello una quiebra fraudulenta, preparando con anticipación sus fondos, y poniéndolos en lugar seguro.

Contaba Adolfo á la sazón catorce

años, y no obstante que no pasaban para él desapercibidos los inicuos manejos de su tutor, jamás sus labios pronunciaron la más leve queja; sufría y callaba, porque había aprendido que una de las obras de misericordia es SUFRIR CON PACIENCIA.

No faltaron personas que apercibidas del infame proyecto, aconsejasen á Adolfo reclamára á tiempo la rica herencia que le iba á ser arrebatada, pero él, después de meditar algunos instantes, respondía:

—No: yo debo sufrir; es mi tutor, mi tío; me excede en edad y debo respetarle. Podré quedar reducido á la miseria, pero trabajaré, y Dios no me abandonará.

Al poco tiempo se verificó la combinada quiebra, y Adolfo quedó pobre,

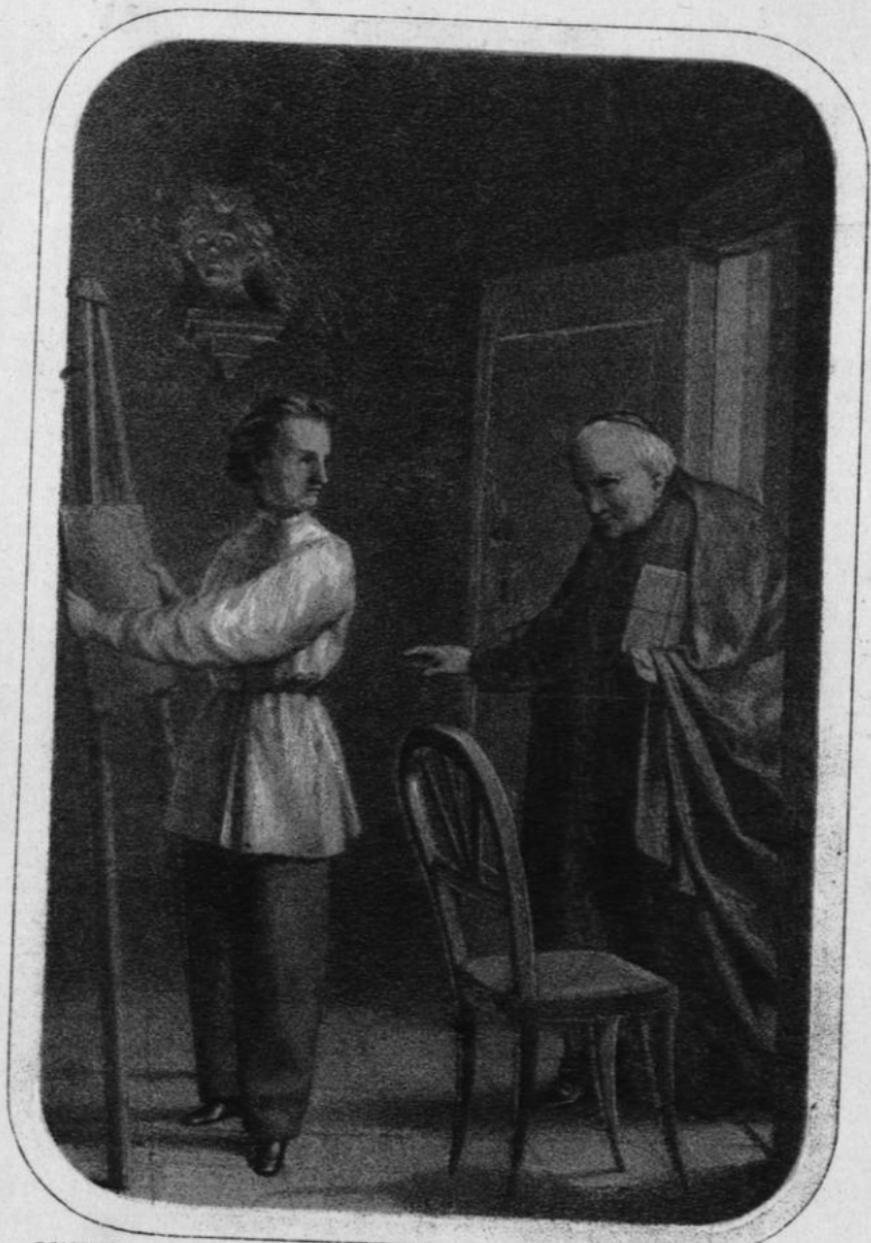
oscurecido, ganando su sustento con creaciones bellisimas, que de su rica imaginacion trasladaba al lienzo, convertidas en caprichosos paisajes.

Esta ocupacion, tan precisa para su vida, nunca le causaba tedio, y cuando alguna idea de su perdida riqueza cruzaba por su despejada frente, exclamaba con una dulce sonrisa :

— SUFRIR CON PACIENCIA es una obra de misericordia.

Dos años despues preparaba un dia Adolfo en su modesta habitacion los utensilios de su arte, cuando llegó á visitarle un anciano sacerdote, que le entregó una ancha cartera.

El comerciante Anselmo en su última hora se la habia confiado para que se la restituyera á su sobrino. La cartera con-



J. MORENO y M. Lit^o

Lit. de J. DONON. Madrid.

.....cuando llegó á visitarlo un anciano sacerdote.

tenia no sólo la herencia, sino también la de su tío, que ascendía á otro tanto.

El Señor premia siempre á los que siguen su santa doctrina.

Le 20 mai 1944, à 10 heures, j'ai
été reçu par le directeur de l'école
et par le directeur de l'enseignement
technique. Ils m'ont fait connaître
les conditions de mon admission
à l'école et m'ont remis le dossier
de mon dossier.

T.

Temor de Dios.

—Me ha dicho usted, papá, que á Dios debe respetarse como á padre universal de todo lo creado, y que debe temerse su justo enojo.

Así decia Enrique, niño de trece años, á su ya anciano padre, paseando por la márgen del Genil, rio que fertiliza una de las más pintorescas vegas de España.

—Sí, hijo mio; Dios, que ha dado existencia á ese cielo azul, á esos frondosísimos árboles, á ese trasparente y

tranquilo arroyo que resbala á tus piés, para la satisfaccion del hombre, no ha podido ménos de reservarse algun derecho contra el ingrato que le desobedece, que no le reconoce en todas las obras de la naturaleza, que no le respeta y que no teme su justa cólera.

— ¡Y cómo, siendo Dios un sér espiritual, castiga á los hombres que no temen su poderío, de un modo material?

— Por medio de la Providencia. Por eso cuando el primer hombre y la primera mujer contravinieron al precepto que Dios les habia impuesto, y comieron del fruto prohibido, Dios les dejó de su gracia, y quedaron sujetos á todas las debilidades y sufrimientos que desde entónces padece la humanidad. Por eso los habitantes de *Pentapolis*, encenagados en los vicios, fueron ar-

rasados por una lluvia de fuego, y destruida la opulenta córte de Baltasar, que de él blasfemaba. Por eso el malvado siente dentro de su pecho los más horribles dolores, y no halla consuelo á su desgarradora pena, porque le acusa su conciencia y le devora el remordimiento; hé aquí la razon que he tenido siempre para aconsejarte que no olvides jamas el temor de Dios.

— Es verdad, padre mio. De hoy más yo prometo á usted alabarle, enaltecerle y temerle. No olvidaré un momento que para Dios nada hay oculto, y que puede juzgarme y castigarme cuando no obedezca sus santos preceptos y los de usted, que es para mí su santa imágen sobre la tierra.

— No olvides nunca esa máxima, hijo mio, y serás feliz.

Desde aquel día, Enrique fué el niño más sumiso y obediente de la comarca, citándose en todas partes como un modelo de virtud, porque no olvidó jamas que siempre debe temerse á Dios, que juzga nuestras acciones.

U.

Usa siempre, hijo mio, de templanza,
Que el mal destierra y la ventura alcanza.

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Mamita de mi alma!

— ¡Qué es eso, hija mia!

— Yo no sé; pero yo... yo estoy muy mala... yo me muero.

— Pero ¿qué tienes? ¿Qué te duele?
¡Habla por Dios!

— Yo no sé; un dolor en el vientre
que parece me arrancan las entrañas.

¡Qué ha de tener, señora, dijo el aya;

que á pesar de mis consejos y exhortaciones, ha tomado leche esta tarde; y luégo en la granja muchos albaricoques y fresas, naranjas y limones dulces; y cuando llegó, quiso ensalada de berros, que ella misma se aderezó! ¡Qué ha de tener, señora! Un cólico que Dios quiera salga de él.

— ¡Un médico! ¡un médico pronto!
¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué niña! Tu falta de templanza nos ha de dar que sentir. —
¿Pero qué es eso? ¿Qué ruido suena en el portal?

— ¡Ay, señora de mi alma!

— Pero ¿qué hay?

— El señorito Luis que le traen con una herida en la frente.

— Esto más, ¡Dios mio! — Luis, ¡qué es eso, hijo de mis entrañas!

— No es nada, ya estoy mejor... se

empeñó el hijo del vecino en que su caballo andaba más que el mio, y tanto corrí, que mi caballo se reventó, y yo me he abierto la cabeza.

—¿Lo ves? ¿lo ves? por no seguir la máxima que tanto te tengo repetida.

—Sí, sí, teneis razon: la he aprendido, y bien á mi costa.

Cuando pasado un mes de enfermedad y de cuidados los dos niños estuvieron completamente buenos, su desgraciada madre, que no habia hecho más que llorar, les dijo con cariñosa reconvencion:

—Hoy que, gracias á la divina Providencia, estais restablecidos, ¿no teneis remordimientos de vuestros males, del tiempo que habeis perdido en el lecho, y de las lágrimas que he derramado?

—¡Oh! sí, sí, madre mia, gritaron enlazándose á su cuello y cubriéndola de caricias. Sí, madre mia, nunca olvidaremos vuestra máxima:

*Usa siempre, hijo mio, de templanza,
Que el mal destierra y la ventura alcanza.*

V.

Visitar los enfermos.

Doña Ana de Mendoza es una rica propietaria, viuda, con una niña que apenas contará diez años.

Luisa, que éste es su nombre, forma todos los encantos de su madre, quien por su parte no perdona medio ni sacrificio alguno para darla una esmerada educacion, tanto social como religiosa.

Insensiblemente habia ido grabando

en su precoz inteligencia las más saludables máximas, y muy especialmente las que se referían al santo ejercicio de la caridad.

¡La caridad, esa celestial bienhecho-
ra, que redime el corazón del hombre!

Todas las mañanas, después del desayuno pasaban al gabinete de labor, donde antes de comenzar sus diarias tareas tenía costumbre Luisa de leer á su madre la sección religiosa, y alguna que otra noticia de los periódicos del día.

Una mañana, siguiendo esta costumbre, después de repasarlos ligeramente, se fijaron sus ojos en la sección de anuncios, y leyó uno concebido en estos términos: «Una pobre anciana, viuda y ciega, con siete hijos, demanda la caridad pública; vive calle de... núm...

—¿Ha oído usted, mamá? — dijo Lui-

sa con los ojos humedecidos por las lágrimas.

— Sí, hija mia; ¿qué quieres decirme?

— Recuerdo que ayer me explicó usted las obras de misericordia, y que una de ellas era visitar los enfermos. ¿Quiere usted que en lugar de ir á jugar con los aros, cumplamos este precepto de nuestra santa religion?

— Bien, me parece muy bien; ¿pero te privarás de tus ordinarios juegos sin violentarte?

— Confieso, mamá, que quizá me agradaria más ir á jugar; pero como es más meritorio á los ojos de Dios hacer bien, porque es glorificarle, que entregarse á la holganza, lo prefiero de muy buen grado.

— Sí, sí, hija mia, irémos; y Dios te

consERVE ese modo de pensar para que hagas la felicidad de tu madre y de cuantos tengas á tu alrededor.

— Gracias, mamá... ¡Qué alegría! Irémos á pié, y si usted me lo permite, le llevaré uno de los vestidos de mi uso para algunas de su hijas... mire usted: yo tengo cuatro, y bien puedo sacrificar uno, que no sea el peor, en beneficio de esas desgraciadas; porque serán pobres, ¿no es verdad?

— Sí, irémos á visitarlas esta tarde; les prestarémos consuelos, les dirémos que Dios nunca olvida á los desgraciados, y les mandarémos algunos trajes, pues carecerán de ellos.

— Dios bendiga á usted, madre mia. Por la tarde Luisa y su mamá fueron á la miserable boardilla de aquella familia desventurada, y en su larga visita

derramaron en su corazón el bálsamo de la religión, del consuelo y de la caridad.

Cuando salieron, ya puesto el sol, dijo Luisa á su mamá:

—Que feliz soy, después de haber cumplido con el precepto cristiano que nos manda *visitar los enfermos*.

Desde aquel día Luisa lee todos los diarios con avidez en busca de otro anuncio de la misma especie; que no hay goce mayor que el que experimenta nuestra alma con las buenas obras.

The first part of the history of the
the second part of the history of the
the third part of the history of the
the fourth part of the history of the
the fifth part of the history of the
the sixth part of the history of the
the seventh part of the history of the
the eighth part of the history of the
the ninth part of the history of the
the tenth part of the history of the
the eleventh part of the history of the
the twelfth part of the history of the
the thirteenth part of the history of the
the fourteenth part of the history of the
the fifteenth part of the history of the
the sixteenth part of the history of the
the seventeenth part of the history of the
the eighteenth part of the history of the
the nineteenth part of the history of the
the twentieth part of the history of the

X.

Examina, hija mia, tu conciencia
Para llegar de Dios á la presencia.

— Madre mia, ¿por qué ayer cuando fuimos á confesar para que yo recibiese la primera comunión, mi amiguita Luisa no pudo tomarla?

— ¿Por qué? Porque cometió un gran pecado ocultando sus culpas al sacerdote. La daba vergüenza de decirle que en un acceso de rabia había pegado á su aya, y cuando, terminada su confesión, le preguntó su madre si lo había confe-

sado todo, no tuvo valor para mentir y la manifestó su ocultacion. Por eso su mamá no la dejó comulgar, que su confesion imperfecta no la habia preparado dignamente para recibir el cuerpo del Salvador, habiendo cometido tan grave pecado, que inutilizaba su arrepentimiento.

—Pero, madre mia, ¿y si la daba vergüenza de confesar su falta?

—¿La tuvo acaso para cometerla? — No se avergüenzan las niñas de faltar á sus deberes ante sus padres, sus parientes y sus amigos, y la tienen de implorar el perdon de aquel que todo lo ve, y que es la infinita misericordia.

—Tiene usted razon, madre mia; si no se quiere pasar esa vergüenza, en no cometiendo el pecado estamos libres de ella.



J. MORENO y M. lit.^o

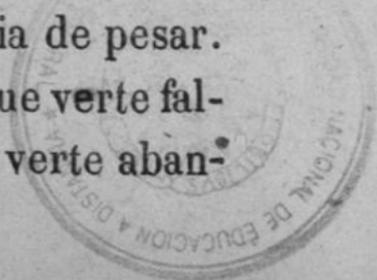
Lit. de J. DONON, Madrid.

Si quieres no avergonzarte de confesar
tus culpas no las cometas.

—Sí, hija mia, sí: eso es lo que, desgraciadamente, no comprenden todas. Piensan que con llenar la fórmula de la santa confesion quedan libres del pecado, aunque á pretexto de una falsa vergüenza oculten sus faltas. ¡Qué engañadas viven! Dios las ve, y mira tambien su nuevo y mayor crimen, que consiste en querer despojarle del inmenso atributo de la Omnipresencia. Si quieres que Dios no te castigue, si quieres no avergonzarte de confesar tus culpas, no las cometas.

—Sí, madre mia, sí: mayor vergüenza es ofender á un Dios tan bueno, y que no podamos acercarnos á recibir la comunión. ¡Ay! si yo me viera en este caso me parece que me moriria de pesar.

—Y tienes razon: ántes que verte faltar á tus deberes, ántes que verte aban-



donar el camino de la virtud, quiero verte sin vida; y ya ves, hija mia, soy tu madre, palabra que encierra el cariño mayor que puede encontrarse en el mundo.

Y.

**Yerra el que á pecar empieza
Por perder la fortaleza.**

Luisito era un niño muy bueno , que amante de sus padres y de sus maestros , nunca les habia dado que sentir. Todos los niños anhelaban ser sus amigos , amistad que él siempre aceptaba con mucho cuidado , porque le habia enseñado su papá cuanta cautela es necesaria para elegir amigos. Sin embargo , uno de ellos , aquel á quien amaba con más ternura , ocultaba bajo un exterior

de virtudes y de buenas prendas, defectos que no procuraba corregir.

Una tarde habian salido juntos para dirigirse á la escuela, y Cárlos, que así se llamaba el amigo, dijo á Luis :

— Luisito, tú sabrás esta tarde perfectamente la leccion, ¿no es verdad?

— Sí, amigo mio; creo que podré contestar satisfactoriamente.

— Y yo tambien: te lo preguntaba, porque entónces no tendria nada de extraño que nos fuésemos á la quinta de un amigo mio, donde hay preparado un carnero, y monteritas, y banderillas de colores para jugar al toro.

— Pero, Cárlos, ¿y vamos á faltar á nuestra obligacion? ¿Qué dirian nuestros padres si fuesen por nosotros para dar un paseo á la hora de salida, y viesen que no estábamos allí?

— ¡Bah! todo se reduce á ir un poco más tarde. Nuestra diversion debe terminar en breve. ¡Si vieras qué carnero tan bonito! Le han dorado los cuernos, le han puesto moños, y para nosotros hay preparadas capas hechas de pañuelos de seda. Ya verás cómo nos vamos á divertir.

— Sí, es verdad... yo iria, pero sin licencia de papá...

— Vaya, vaya, que ya eso es una ridiculez.

— Cárlos, ¡qué lenguaje! Una acción mala me propones, y llamas ridiculez á no seguir tus malos consejos. ¡Ay! Cárlos, yo no creí que tú me aconsejaras nada malo.

— ¡De modo que no te vienes?

— No... mucho me agradaria aceptar tu oferta; pero voy á cometer una fal-

ta, y no quiero ceder. No, no; mi papá me ha enseñado una máxima que no debo olvidar:

*Yerra el que á pecar empieza
Por perder la fortaleza.*

—¡Bien! ¡bien! hijo mio, dijo á este tiempo su padre, que casualmente habia llevado el mismo camino, y que oyó las últimas palabras. Si hubieras sido débil, ahora llorarías avergonzado, en vez de recibir mis caricias.

Y el niño siguió toda la tarde con su papá sin ir á la escuela, gozando de un delicioso paseo, y de una agradable merienda en casa de su tio Anselmo: entre tanto su amigo Cárlos, que desoyó sus consejos, y olvidando sus deberes, fué á la corrida del carnero, reci-

bió tan fuerte golpe en el pecho, que á
nó ser por los excesivos cuidados del
doctor hubiera quedado enfermo para
siempre.

1941
The following is a list of the
names of the persons who have
been appointed to the various
positions in the organization
of the United Nations.

Z.

Zizaña siembra el diablo del dolor En el campo que olvida el labrador.

Antonio, jóven de 18 años, acababa de heredar de sus padres cuantiosos bienes; pero en vez de dedicarse al cuidado de ellos, pasaba su vida entregado á una reprensible holganza. Levantarse á las doce, leer novelas, dar un paseo á caballo, ir al café y de allí al teatro, era la vida que llevaba, sin que jamas tratase de averiguar el estado de sus tierras, ni de los medios de introducir en

ellas mejoras, y ni siquiera de pedir cuentas á sus administradores.

Si alguna vez un antiguo amigo de su padre le afeaba su mal proceder, él solo respondia:

— Yo me tengo por un hombre honrado; no juego, no gasto en orgías, no hago daño á nadie, ¿qué más se me puede exigir?

— No consiste todo—le respondia su anciano amigo—en dejar de cometer las faltas que has enumerado. El hombre debe ser laborioso; si nada tiene, para adquirirlo; si es rico, para conservarlo.

Antonio se encogia de hombros, y no trataba de vencer su natural indolencia.

Tal estado de cosas produjo el resultado que era de esperar.

Los administradores, convencidos de

la ninguna inteligencia de su amo, acabaron por repartirse el caudal, diciéndole cada vez que aparentaban vender una finca, que era para mejorar otras, y el día en que se apercibió de su verdadera situación tuvo que entablar pleitos para recuperar lo que le habían usurpado. En ellos gastó lo poco que le restaba; como no sabía trabajar ni podía resignarse á abandonar la vida que hasta entónces había llevado, se vió en la necesidad de contraer cuantiosas deudas, para pagar las cuales, cuando hubo terminado los pleitos, apenas le alcanzó el valor de sus fincas.

Quedó pobre. No sabiendo hacer nada, llegó un día en que creyó encontrar el único medio de recuperar su fortuna.

Se hizo jugador de malas artes, y

perseguido por sus vicios, el que debia haber visto deslizarse su vida al frente de una familia á quien hubiera hecho feliz, la terminó en una casa de correccion.

Huid de pareceros al desdichado Antonio.

ÍNDICE.

	Págs.
DEDICATORIA.	
CARTA AL AUTOR.	1
A. Amar al prójimo.	4
B. Bendito seas hermoso niño.	5
C. Consolar al triste.	11
D. Dar de comer al hambriento y de beber al sediento.	17
E. Enseñar al que no sabe.	25
F. Felicidad en nuestro sér imprime la reden- cion del que cautivo gime.	31
G. Gloria consigue infinita quien la prudencia ejercita.	39
H. Herencia santa.	45
CH. Chanza importuna ó pesada abre á disgus- tos la entrada.	49
I. Inocencia.	59
J. Justicia.	67
L. Laboriosidad.	73
LL. Lleva al hermano que infelice muere á su sepulcro donde el juicio espere.	79
M. Modestia.	83

N.	No hagas bien por vanidad; hazlo sí por caridad.	89
O.	Oír el buen consejo.	95
P.	Perdonar las injurias.	101
Q.	Quien bien obra, Dios le ayuda.	109
R.	Rogar á Dios.	113
S.	Sufrir con paciencia.	119
T.	Temor de Dios.	125
U.	Usa siempre, hijo mio, de templanza, que el mal destierra y la ventura alcanza. . .	129
V.	Visitar los enfermos.	133
X.	Examina, hija mia, tu conciencia para llegar de Dios á la presencia.	139
Y.	Yerra, el que á pecar empieza por perder la fortaleza.	143
Z.	Zizaña siembra el diablo del dolor, en el campo que olvida el labrador.	149



DISC

UNED

████████████████████
10000403213BICE
L.T. 1029





LT. 1029

